

P45
39C

VERÓNICA CORTÍNEZ

MEMORIA ORIGINAL
DE BERNAL DÍAZ
DEL CASTILLO

1a. edición, 2000
D.R. © Verónica Cortínez
D.R. © Oak Editorial, SA de CV
ISBN 970-91927-1-X

Cerrada de Veracruz 110, C-302
Jesús del Monte
52764, Huixquilucan, México
oakeditorial@hotmail.com

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ESTUDIOS DE CULTURA
IBEROAMERICANA COLONIAL
OAK EDITORIAL



3983
562

Efraín Kristal y Claudia Parodi leyeron distintos borradores del manuscrito y lo enriquecieron con sus observaciones. Agradezco a Karl Maurer por compartir conmigo su profundo conocimiento de las letras clásicas. A Roberto Ignacio Díaz por cada una de sus palabras, su amistad y su ayuda siempre incondicional. A Claudio Guillén, lector ideal de todo lo que escribo.

PRÓLOGO

HACE UN TIEMPO, durante un examen oral sobre la literatura colonial hispanoamericana, hubo, como es debido, una pregunta sobre la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ya nos habíamos detenido en otros temas —los sonetos de Sor Juana, el neoplatonismo del Inca Garcilaso, la dimensión heroica de *La Armutana*— y ahora me interesaba que la estudiante nos hablara de Bernal Díaz del Castillo, ese soldado de a pie que al final de sus años, en un lugar olvidado del imperio español, decide recordar por escrito una vieja gloria militar. Antes de que la estudiante pudiera responder la pregunta, el renombrado historiador James Lockhart, en un tono impaciente que no le es habitual, protestó. Si no existiera Bernal, nos dijo, acaso los estudiantes no se fijarían en la excepción sino en la regla. La advertencia de Lockhart es justa: la *Historia verdadera*, al estudiársela como texto representativo, como suele hacerse en la actualidad, puede conducir a generalizaciones engañosas. Pero el peligro que la particularidad de Bernal entraña para el campo de la historia es precisamente la clave de su monumental presencia en la literatura hispanoamericana.

Al igual que Freud, quien se desplaza de la psicología al ámbito de las letras, Bernal, autor de una original memo-

ria, se aleja de lo puramente histórico para ser en nuestros días la piedra de toque de toda una tradición literaria. En *The Western Canon*, Harold Bloom ofrece “una lectura shakespeareana” de Freud y éste aparece en compañía de Tolstoi, Proust y Joyce. Muchos años antes, en *Letras de la Nueva España*, Alfonso Reyes ya aludía al valor literario de los escritos de la conquista: “La crónica primitiva no corresponde por sus fines a las bellas letras, pero las inaugura y hasta cierto instante las acompaña” (46). En el canon de la literatura hispanoamericana, Bernal, ante ciertos lectores, se sitúa en los orígenes de lo que con el tiempo será reconocible como ese sistema literario en el que figuran Carpentier, Rulfo y García Márquez. “Simbólico pórico” (ix) lo llama Carmelo Sáenz de Santa María en su edición de la *Historia verdadera*; más aún, Carlos Fuentes lo declara nuestro primer novelista.

Curiosamente, a pesar del reciente auge de los estudios literarios coloniales, no ha habido una monografía sobre Bernal equivalente a la de Enrique Pupo-Walker sobre el Inca Garcilaso, a la de Rolena Adorno sobre Guamán Poma o a la de Margarita Zamora sobre Colón. En la imaginación literaria hispanoamericana, el vasto libro de Bernal perdura ante todo por el valor de ciertas páginas memorables: el episodio de los náufragos en Yucatán, la primera visión de Tenochtitlán matizada por el *Annaldé*, las minuciosas listas de soldados y caballos de cuyos nombres él no se quiere olvidar. Pero la complejidad de su estructura y el significado de sus variables elementos siguen eludiendo una interpretación que los abarque en su totalidad. Como dicen Lockhart y Orte en *Letters and People of the Spanish Indies*,

Bernal es aún “the famous chronicler of Mexico, who in the nineteenth and twentieth centuries has often been misleadingly pictured as some sort of uneducated plebeian” (72; “el famoso cronista de México, quien en los siglos XIX y XX ha sido frecuente y engañosamente retratado como una suerte de plebeyo sin educación”).¹ ¿Plebeyo, soldado, capitán, cronista, novelista? La identidad del encomendero de Guatemala es esquiva y problemática, y la lectura de sus escritos —no sólo la *Historia verdadera* sino también lo que resta de su epistolario— resalta la dificultad de distinguir con precisión, en las crónicas de Indias, los borrosos límites entre la historia y la literatura.

El propósito del presente estudio es doble. En primer lugar, me interesa desentrañar la particular naturaleza de la *Historia verdadera*, esa escritura cuyo rasgo dominante, a pesar de la autoridad del título por el que hoy se la conoce, sea acaso la incertidumbre. La primera ambigüedad concierne al género del texto. En “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, artículo en el que ordena el complejo cuerpo de escritos coloniales, Walter Mignolo, de modo explícito, se rinde ante la dificultad de clasificar la *Historia verdadera* dentro de un género reconocible y le asigna un “lugar especial” (83) en la historiografía indiana.

La posible validez histórica de Bernal es, precisamente, otra gran interrogante. Los múltiples errores del texto se revelan en un simple cotejo con otros documentos, entre

¹ Todas las traducciones son mías, excepto las que aparecen señaladas de un número de página, que corresponde a una edición publicada.

ellos el *Itinerario de Juan de Grijalva* del clérigo Juan Díaz, la *Crónica de la Nueva España* de Francisco Cervantes de Salazar y, para mayor ironía, la *Hispania victrix* de Francisco López de Gómara, obra que a cada paso Bernal desmiente con vehemencia. No obstante haber sido “testigo de vista” de los hechos que recuenta, como nos dice a menudo para validar su historia contra la de Gómara, Bernal se equivoca en sus recuerdos. Para desautorizar a los cronistas que nunca pasaron a Indias y defenderse de posibles críticas, el autor apela constantemente al lector. Sin embargo, la imposibilidad de confiar plenamente en esa tentativa de historia des-plaza el valor de la obra hacia otros territorios en los que se privilegia la imaginación. Lo verídico del texto cede ante un modo de contar que se funda involuntariamente en la fragilidad de la memoria. Bernal, en la vejez, trata de recuperar el pasado, pero en esa búsqueda del tiempo perdido intuye que recordarlo todo es imposible. Más aún, incluso cuando fluye la memoria, el proceso de la escritura es difícil, frustrante, problemático. Al intentar el traslado minucioso de la conquista de la Nueva España a las páginas de su manuscrito, Bernal presiente la monumentalidad de su empresa y, en última instancia, la insuficiencia del lenguaje en la representación de la realidad.

Si la totalidad del pasado es irrecuperable y la escritura de los recuerdos no refleja con justicia la complejidad de lo vivido, ¿por qué, entonces, escribe Bernal? En las crónicas de la conquista, la motivación es fundamental y a menudo explícita: Colón informa a los reyes de los resultados de su empresa; Vespuccio proclama el descubrimiento de un mundo nuevo; Las Casas denuncia el maltrato de los

indios. Las crónicas también se asocian con las proezas de méritos y servicios, en las que se detallan y engrandecen, con la esperanza de recompensas, las contribuciones de cada cual a la Corona. Según nos dice Bernal mismo en el prólogo de la *Historia verdadera*, el móvil central parecería ser rebatir los errores de Gómara y otros a quienes llama con ironía “famosos historiadores” (1). La crítica suele repetir la aseveración de Bernal, como vemos ya en la nota biográfica que aparece en la edición de *Cartas de Indias* publicada por la Biblioteca de Autores Españoles en 1877: “Para corregir errores consignados por Gomara en su historia, se puso Bernal Díaz á escribir” (III, 749). Ramón Iglesia, sin embargo, demuestra de modo definitivo que al publicarse la historia de Gómara ya Bernal había empezado a redactar su manuscrito; la incesante mención de Gómara en el prólogo y a lo largo de la obra son interpolaciones tardías del autor provocadas por la lectura de un libro que es, según él, injusto y erróneo (“Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y su *Verdadera historia*”). Si la historia de Bernal es, al menos parcialmente, anterior a la de Gómara, parece evidente entonces que otras razones lo llevaron a la escritura. A más de cuatro siglos de la *Historia verdadera*, sin que podamos interrogarlo de modo directo, los motivos de Bernal no pueden ser sino un misterio. La lectura de la obra, sin embargo, revela el impulso del acto de escribir. Bernal ve en la conquista de la Nueva España, en la que participó de modo tan íntimo, el acontecimiento más importante de la historia: el encuentro con la rara grandeza del mundo indio y su aniquilamiento por un puñado de soldados voluntariosos. ¿Cómo reconstruir en

su integridad esas hazañas y visiones? Con el paso del tiempo, lo visto y lo vivido se desvanecen irremediablemente como si nunca hubieran ocurrido. Desde su vejez en una Guatemala marginal, sin reconocimiento ninguno en las historias oficiales, consciente del riesgo del olvido absoluto, Bernal se propone rescatar esos momentos distantes y gloriosos. Pero no se trata de un simple testimonio de heroísmo, sino de una problemática cuya esencia es literaria: transmitir, en todas sus dimensiones, una realidad desconocida y vertiginosamente distinta. La historia oficial de la conquista, ya divulgada, le parece insuficiente por sus inexactitudes y silencios; las cartas de Cortés y de otros conquistadores, escritas en el momento de los hechos, carecen de la perspectiva distanciada desde la que escribe Bernal. Las circunstancias de su escritura son otras: en esa encrucijada en la que coinciden el pasado que se escapa, el presente banal y un olvido futuro, la transcripción de la memoria actúa como posible tabla de salvación. En el proceso de recordar y escribir se revela una vocación insospechada; la historia de Bernal, alejada de las convenciones, está marcada por el asombro y la nostalgia. Ante la muerte cercana, esa tentativa de capturar con precisión afectiva un tiempo remoto y un espacio misterioso vincula la *Historia verdadera* con los motivos tradicionales de la literatura.

En uno de los capítulos nada prescindibles de *Kaymala*, Morelli, teórico de la novela, afirma: "¿Qué es en el fondo esa historia de encontrar un reino milenario, un edén, un otro mundo? Todo lo que se escribe en estos tiempos y que vale la pena leer está orientado hacia la nostalgia" (432). La sensibilidad que se revela en la novela de Cortázar es

[18]

compartida, de alguna manera, por un público contemporáneo; ella matiza la lectura actual de la *Historia verdadera* y ayuda a explicar su consagración como texto literario. La obra de Bernal sorprende por la manera en que se desvía de lo puramente militar y se pierde en detalles al parecer triviales. Sin embargo, la visión íntima con la que el autor renemora ciertas cosas —el repentino dolor de estómago de un soldado, los cambios de apellidos de una mujer, los apodos de sus compañeros muertos— adquieren un honrado valor nostálgico por ser Bernal el único que las recuerdara. Si él no las escribiera, él lo sabe, esas cosas desaparecerían. El fragmento en el que narra la siembra de los primeros naranjos en la Nueva España es ejemplar:

También quiero decir cómo yo sembré unas pepitas de naranjas junto a otras casas de ídolos, y fue desta manera: que como había muchos mosquitos en aquel río, fuime a dormir a una casa alta de ídolos, e allí junto a aquella casa sembré siete u ocho pepitas de naranjas que había traído de Cuba, e nacieron muy bien; parece ser que los papas de aquellos ídolos les pusieron defensa para que no las comiesen hormigas, e las regaban e limpiaban desde que vieron que eran plantas diferentes de las suyas. He traído aquí esto a la memoria para que se sepa que estos fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva-España. (XVI, 40)

En este pasaje, cuyo tono refleja fielmente el estilo de Bernal, se observa con claridad la fluctuación entre lo histórico y lo cotidiano. Significativamente, la colección de

[19]

relatos en la que Fuentes reescribe episodios de la conquista de México —varios de los cuales Bernal cuenta— se titula *El naranjo*; el acto de Bernal es también el leitmotif de la obra, donde se narra la primera siembra de naranjas en diferentes partes del mundo.

El segundo propósito de este libro es descubrir el mecanismo a través del cual la *Historia verdadera*, al alejarse de la historia y acercarse a lo literario, se convierte en uno de los textos en los que se fundamenta el sistema de la literatura hispanoamericana. En la crítica actual, fue Roberto González Echevarría quien primero mostró la conexión entre las crónicas de Indias y la narrativa contemporánea: la manera en que las novelas de Carpentier, por ejemplo, se enriquecen a partir de su relación con los textos del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo. Los novelistas mismos han insistido también en la originalidad de esos escritos; baste recordar las primeras líneas del discurso de García Márquez en Estocolmo en las que rinde homenaje a las crónicas de Antonio Pigafetta y Alvar Núñez Cabeza de Vaca. El concepto de "original" revise aquí un doble significado: las crónicas de Indias no sólo son originales por su inusitada novedad, sino que también se convierten en el origen de una literatura nueva. Al construirse la historia de la tradición literaria hispanoamericana, una tradición insegura y escurridiza, la lectura de las crónicas constituye un lugar de encuentro entre el pasado colonial y un presente en el cual esta literatura adquiere, finalmente, un reconocimiento internacional.

Como veremos, las lecturas contemporáneas de las crónicas de Indias son a menudo un acto de voluntad, como

[20]

si para crear una literatura se precisara reformular los términos convencionales, particularmente el concepto de novela. Por ejemplo, al hablar de la *Historia verdadera*, Pablo Neruda la bautiza como "una larga novela [...] del mejicano Bernal Díaz del Castillo" (*El Diario Color* 8). ¿Bernal novelista mexicano? Si la *Historia verdadera* es una memoria original, un texto que se aparta de las convenciones de las crónicas de su época, también la actual reconstrucción de nuestro pasado literario es la invención de un origen memorable, un mundo nuevo, una realidad no copiada de otra. Pero como sugiere Bernal, copiar por escrito las cosas del mundo, capturar la realidad, es un proceso lleno de ambigüedades. La historia, anclada por definición en las tentaciones de la mimesis, no es en Bernal, a pesar suyo, un modelo válido y suficiente; el discurso histórico a la manera de Gómara resulta esquemático y por tanto empobrecedor, mientras que la literatura, con su libertad de invención, excusa los errores de la memoria y descubre, como en el decir de Vargas Llosa, la verdad de las mentiras.

En el siglo XVI, otros autores escribieron sobre estos temas que Bernal no trata abiertamente en su obra, pero cuya huella marca el carácter especial de la *Historia verdadera*. En su *Silva de varia lección*, Pedro Mexía tiene un capítulo titulado "Cómo puede aver diferencia entre mentir y dezir mentira; y cómo puede uno no mentir, siendo mentira lo que dize; y, por el contrario, diciendo verdad" (482). En Inglaterra, Sir Philip Sidney elogia el poder de la poesía sobre el de la filosofía o el de la historia: "So that truly neither philosopher nor historiographer could at the first have entered into the gates of popular judgements, if they

[21]

had not taken a great passport of poetry" (214; "Así es que en verdad el filósofo ni el historiador habrían podido adentrarse en las puercas de la opinión popular si no hubieran primero obtenido un gran pasaporte de poesía"). Para justificar su amor por Platón, Sidney en "The Defence of Poesy" muestra cómo la escritura del filósofo es también la de un poeta; de igual manera, Neruda y Fuentes transforman la crónica de Bernal en la obra de un novelista.

Cabe preguntarse, sin embargo, por qué en la retórica de los intelectuales de nuestros días se privilegia la ficción sobre la historia. Ese artificio, que Fuentes revela de modo abierto en los ensayos de *Valiente mundo nuevo* y que inscribe en el mundo ficticio de *Terra nostra*, se filtra curiosamente en el lenguaje de los críticos. Se trata de un problema de recepción y a causa de ese espacio en el cual intersectan la lectura histórica y la literaria, Zamora, en un artículo de amplia difusión, siente la urgencia de destacar el contexto en el que se escribieron esas obras que hoy forman el canon de la literatura colonial del continente ("Historicity and Literariness: Problems in the Literary Criticism of Spanish American Colonial Texts"). Ya en los años sesenta Fernando Alegría había advertido la misma tendencia: "Incómodos por la falta de novelas en la colonia, los críticos modernos se han dado maña en inventar una 'tradición novelesca' atribuyendo calidad de creación artística a obras históricas y didácticas" (*Historia de la novela hispanoamericana* 11). La incertidumbre entre historia y literatura marca no sólo el texto de Bernal, sino también la construcción del sistema literario hispanoamericano por parte de críticos y escritores.

[22]

Con los textos del descubrimiento y la conquista estamos claramente ante un problema de recepción. Si bien la teoría literaria de las últimas décadas se ha ocupado del tema con detenimiento, en Hispanoamérica también ciertos escritores han visto con verdadera intuición cómo el texto se transforma a partir de cada lectura y cómo el modo de leer influye en la construcción de la historia literaria. Ya en 1951 Borges decía: "Una literatura difiere de otra, ulterior o anterior, menos por el texto que por la manera de ser leída: si me fuera otorgado leer cualquier página actual —ésta, por ejemplo— como la leerán el año dos mil, yo sabría cómo será la literatura del año dos mil" ("Nota sobre (hacia) Bernard Shaw" 747). En este libro me interesa leer la *Historia verdadera* tanto por su texto como por la manera de ser leída en la actualidad.

Muchos lectores, como señala Mario Rodríguez Ferrández, se sienten desvinculados de "estos oscuros cronistas [...] porque su mundo nada tiene que ver con el nuestro" (17). Es cierto que las crónicas de Indias —y en esto la de Bernal no es una excepción— son textos a menudo impenetrables. En un primer acercamiento confrontamos páginas llenas de arcaísmos y digresiones, obras tediosas de vaga estructura, un espacio no siempre reconocible en un tiempo distante, una cultura al parecer familiar pero cuyas connotaciones, para decirlo con Malraux, no siempre compartimos. Lo asombroso, sin embargo, es el hecho de que la *Historia verdadera*, a pesar de esos escollos, nos parezca íntima, cautivante, casi hogareña: una plática, como decía Bernal. Significativamente, "curiosos lectores" y otros vocativos semejantes marcan el habla de quien narra, y es

[23]

esa voz del autor la que salva las distancias, la que hace que escuchemos con fidelidad su original memoria.

En su *Monarquía indiana*, fray Juan de Torquemada recuerda su encuentro con el viejo soldado, quien le confiesa ciertos datos referentes a la expedición de Juan de Grijalva: “Yo vi, y conocí en la Ciudad de Guatemala, al dicho Bernal Díaz, ya en su última Vejez, y era Hombre de todo credito” (351). Más adelante, también lo describe como “Soldado de Autoridad, y Verdad” (357). Es interesante que en ese antiguo texto, una de las primeras menciones del testimonio histórico de Bernal, anterior a la publicación de la *Historia verdadera*, ya se declare sobre toda la veracidad del futuro autor. Por la especificidad de los detalles y por la autoridad con la que está narrada, esa historia se leyó durante siglos como uno de los documentos más fidedignos acerca de la conquista de la Nueva España. La credibilidad de Bernal, testigo ocular, en materia de historia constituyó su valor principal. Paradójicamente, hoy nos interesa la *Historia verdadera* por la fragilidad de los recuerdos y por la manera en la que los detalles, históricos o no, acercan el texto al mundo de la ficción. Aún nos impresiona el soldado Bernal por su Autoridad y por su Verdad, pero reconocemos en esos atributos un sentido que acaso él, en las postimerías del Renacimiento, nunca sospechó y que nosotros juzgamos doblemente significativo.

El presente libro se compone de cuatro capítulos organizados en torno a dos grandes temas: la originalidad de la *Historia verdadera* y su papel en la construcción de una literatura hispanoamericana. Los tres capítulos centrales se apoyan directamente en una lectura minuciosa de la *Histo-*

ria verdadera; el cuarto se acerca al texto desde el presente, sobre todo a partir de los escritos de Carlos Fuentes. En el primer capítulo se estudia la obra de Bernal desde el ángulo de la narración: los personajes y los acontecimientos en torno a los cuales se construye el relato. Unos ochocientos nombres figuran en el “Índice onomástico” no exhaustivo de la edición de Sáenz de Santa María, lo cual sobrepasa la magnitud incluso de las vastas novelas decimonónicas. Al igual que en *La guerra y la paz*, donde el emperador y los siervos comparten un mismo espacio textual, los personajes de la *Historia verdadera* transitan en un mundo de claras jerarquías. Desde Hernán Cortés hasta los “muchos indios de los de aquellos pueblos” (CLX, 588), pasando por los aun más numerosos y a menudo indistinguibles soldados (Francisco Alvarez Chico, Juan Alvarez Chico, Juan Alvarez el manquillo), los habitantes de esta historia, incluso muchos de aquellos que aparecen brevemente, se perfilan de modo realista a partir de la óptica desde la cual los construye Bernal. Lo interesante es precisamente esa perspectiva y el tono que de ella se desprende, donde el héroe Cortés se humaniza, la traductora Malinche es a la vez “gran cacica” y “señora de vasallos” (XXXVI, 89), y donde el narrador, uno de los “idiotas sin letras” (CCXII, 891), declara su propio protagonismo: “yo, yo, yo” (CCX, 882).

La complejidad de estos personajes así como la ambivalencia inusitada con la que se matizan las hazañas de los españoles y se recuerda el mundo desaparecido de los antiguos enemigos hacen de la *Historia verdadera* una crónica extraña. En el segundo capítulo se estudia el texto de Bernal a partir de la teoría de los géneros. Adelantando-

se a cierto novelista futuro, la voz que narra esta crónica es consciente de los "curiosos lectores" a los que se dirige, y también de su "cuento" o "plática", incluso "calzada", como suele llamar a su discurso. La conciencia explícita del proceso de la escritura, inexistente en cronistas oficiales como Pedro Mártir de Anglería o Gómara, se expresa en las reflexiones de Bernal en torno a la memoria y la insuficiencia del lenguaje, tema del tercer capítulo. El narrador insiste en que escribe de "lo que se me acordare" porque sabe que los recuerdos son involuntarios. Obsesionado con la fugacidad del tiempo y con su linealidad, Bernal se excusa por la imposibilidad de alcanzar un discurso cuya disposición temporal represente fielmente lo acontecido. El dilema de Funes el memorioso, quien para recordar un día precisa otro día entero, no es ajeno al espíritu de Bernal.

La *Historia verdadera* es una crónica de novedades, y la función que ha desempeñado lo nuevo en la construcción de la literatura hispanoamericana es el foco del último capítulo. "Mundus novus" es la carta de América Vespucio en la que se anuncia la existencia de un continente nuevo; *Mundo Nuevo* es la revista en la que muchos años después se proclama la existencia de una nueva narrativa continental. La seducción de lo nuevo es un viejo asunto en las letras hispanoamericanas, obsesionadas con dilucidar el enigma de la identidad. Ya Bernal insiste en que sus lectores "vean toda la Nueva-España qué cosa es" (XVIII, 45), y los lectores contemporáneos, en efecto, han visto en las crónicas los orígenes que buscaban, los pasos perdidos y encontrados. En el caso de la *Historia verdadera*, su naturaleza informe puede interpretarse como marca de novedad,

[26]

signo de una escritura que ya es americana. Carlos Fuentes, metódico lector de las crónicas de Indias, ha sido una figura clave en la identificación de una continuidad cultural hispanoamericana, como vemos en los ensayos de *Vahiente mundo nuevo*. En su visión de México y del continente la *Historia verdadera* adquiere, como el *Quijote* en España, la categoría de texto fundacional, y su espíritu novelesco es un primer paso hacia los triunfos del boom. Si bien, para el Fuentes ensayista, Bernal anticipa la modernidad de nuestras letras, en el juicio ficcional de *El naranyó* se lamenta que el cronista de prodigiosa memoria careciera de imaginación. La segunda parte de *Terra nostra*, llamada "El mundo nuevo", es una crónica moderna que sigue el modelo de ambigüedad de la *Historia verdadera* para reescribir la conquista de México; es en estas páginas donde se descubre el legado más profundo de Bernal, una huella tácita y secreta que permite establecer una clara filiación formal entre crónica y novela. Los naranyos de Bernal florecen de nuevo en las páginas de Fuentes, pero más allá de ese acto de voluntad de un novelista, el valor literario de la *Historia verdadera* radica en la memoria original de Bernal Díaz del Castillo, en su recorrido moroso y espontáneo por los territorios del pasado.

[27]

FIGURAS Y SUCEOS

ELAS MÚLTIPLES CRÓNICAS que tratan del descubrimiento, la conquista y la exploración de América, es muy posible que la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo sea la más venerada. Por motivos patrióticos, en México la *Historia verdadera* es lectura obligatoria y en Guatemala el manuscrito de Bernal se guarda como tesoro nacional “a manera de reservas espirituales para horas de prueba” (Mayora iv).¹ Sin embargo, la fama de la obra se extiende más allá

¹ La cita completa de Eduardo Mayora proviene del prólogo de la *Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala*, su edición de la obra de Bernal publicada en Guatemala en 1933: “No todos los individuos guardan estimulantes tradiciones de familia, a manera de reservas espirituales para horas de prueba; pero sería difícil encontrar un pueblo — con aptitudes y medios propios de vida — que carezca de tradiciones gloriosas donde el oro de la leyenda sagrada fulge con inmarcesible resplandor: El pueblo de Guatemala en este sentido, como descendiente de una gran raza autóctona de América, podría envanecerse — si estas cosas se cotizaran en la feria de las vanidades — con su ilustre prosapia” (iv). Ver también el libro de Benjamin Grauer, *How Bernal Diaz's "True History" was Reborn*.

de los intereses de las naciones. Tanto los estudios históricos del siglo XVI como las antologías de las literaturas hispánicas acostumbra referirse a Bernal o incluirlo en sus páginas, y la proliferación de artículos y ensayos sobre la *Historia verdadera*, en vertiginoso aumento, corrobora el significativo valor de la obra. El historiador Ramón Iglesia, cuya gran contribución a los estudios bernaldianos a veces se olvida en la crítica contemporánea, destaca de modo preciso, en su "Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su *Verdadera Historia*", la actual consagración de ese autor postergado:

Bernal Díaz del Castillo ha llegado a ocupar en nuestros días el puesto que Gómara llenó en el siglo XVI. Es el autor a quien acuden en primer lugar —cuando no exclusivamente— los especialistas y también los profanos que se interesan por la conquista de la Nueva España. La *Verdadera Historia* es recitada con gran frecuencia. Ha sido traducida, total o parcialmente, al francés, al inglés, al alemán, al danés, al húngaro. Su autor es objeto de un verdadero culto, el libro se ha convertido en piedra de toque para contrastar a todos los autores que tratan de la conquista. (127)

La trayectoria de la *Historia verdadera* ha sido azarosa. Se trata de uno de esos libros a los que la historia y la crítica literaria han hecho justicia tardía. Bernal murió en 1584, y a pesar de sus incansables diligencias para "sacar a luz" su obra, la *Historia verdadera* no se editó, al parecer, hasta 1632, casi medio siglo después de la muerte del autor. Esa pri-

[30]

mera edición de Madrid, así como una segunda, sin fecha, sólo tuvieron un impacto mínimo.² La próxima impresión de la obra data de 1795, y no es sino hasta finales del siglo XIX y principios del XX, gracias a las ediciones modernas, que la *Historia verdadera* comienza a difundirse entre el público lector. Pero todavía en 1933, Mayora lamentaba ese largo olvido que él sentía como "afrenta": "Es realmente penoso que obras que pueden considerarse como sillares del edificio de nuestro pasado reciente, hayan permanecido en injusto y absurdo olvido durante tantos años, relegadas a la categoría de papeles inútiles, buenos a lo sumo para pasto de polillas o tentación de ladronzuelos de toda laya" (iv).

Uno de los logros indiscutibles de los estudios coloniales recientes ha sido la publicación en 1982 de la *Historia verdadera* en edición monumental, bajo la dirección de Carmelo Sáenz de Santa María y el auspicio del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo en Madrid. La obra de Bernal se asocia con tres manuscritos: el "Guatemala", borrador lleno de correcciones que conservaba la familia Díaz del Castillo y que reaparece en 1840; el "Remón", que no se conserva, pero cuyo texto se restablece a través

² Ver: Sam Lerert Guyler, "A Literary and Historiographic Analysis of Bernal Díaz del Castillo's *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*" 4-5. Con respecto a estas dos ediciones, diferentes en detalles tipográficos pero casi idénticas de contenido, sus editores no se han puesto de acuerdo sobre cuál fue la primera. Bartolomé Mitre y Sáenz de Santa María creen que la no fechada es anterior; Genaro García y Joaquín Ramírez Cabañas se inclinan por la de 1632; ver: Sáenz de Santa María, "Introducción" xxx.

[31]

de la edición de 1632 (a cargo del fraile mercedario Alonso Remón) y del manuscrito "Guatemala" (la reconstrucción, iniciada por Ramón Iglesia en los años treinta e interrumpida por la Guerra Civil Española, es terminada por Sáenz de Santa María); y el "Alegría", copia apógrafa del manuscrito "Guatemala" hecha por Francisco Díaz del Castillo, hijo de Bernal, terminada en 1605 pero que no llegó a editarse nunca y que pasó del bibliófilo murciano José María Alegría a la Biblioteca Nacional de Madrid. La edición monumental de Sáenz de Santa María reúne, en columnas separadas, el texto restablecido del manuscrito "Remón", con grafía modernizada, y el manuscrito "Guatemala", cuya integridad y grafía se respetan. En un suplemento se incluyen también los dos prólogos preparados por Francisco Díaz del Castillo, las tachaduras e interlineados tanto de Bernal como de su hijo presentes en el manuscrito "Guatemala", y la interpolación mercedaria de las primeras ediciones. Como vemos, la sostenida empresa de Sáenz de Santa María intenta aclarar y resolver siglos de gran confusión en torno al texto original de Bernal.³

³ Todas las citas textuales en el presente libro provienen de la edición crítica de Sáenz de Santa María publicada por Alianza Editorial en 1991, en la que se reproduce el texto restablecido del manuscrito "Remón"; cuando las notas provienen de los manuscritos "Guatemala" o "Alegría", señalo las páginas de la edición monumental. Con el propósito de facilitar la localización de las citas en otras ediciones, doy también el número del capítulo correspondiente. No reproduzco las cursivas de la edición de Sáenz de Santa María, pues no proporcionan ninguna información específica para los propósitos de este libro. He con-

A pesar de la historia laberíntica de los manuscritos, la obra ocupa, desde hace varias décadas, la clara posición de clásico. De acuerdo con Borges, "clásico no es un libro [...] que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad" ("Sobre los clásicos" 773). No muchas obras parecen contar en Hispanoamérica con lectores tan leales y fervorosos como los de Bernal, sobre todo si pensamos en los escritores del siglo XX. Como veremos más adelante, Carpentier, Neruda y Fuentes han leído a Bernal con interés y hasta con devoción. La lectura de los clásicos, sin

⁴ sultado también las siguientes ediciones: Enrique de Vedia (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1852-53); Genaro García (México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1904); J. Antonio Villacorta C. y Eduardo Mayora (Biblioteca "Goethe-mala" vols. X-XI. Guatemala: Centro América, 1933-1934); y Joaquín Ramírez Cabañas (México: Editorial Pedro Robredo, 1939; Editorial Porrúa, 1983). Para una lista de las diferentes ediciones conocidas del texto de Bernal, ver la introducción de Joaquín Ramírez Cabañas xvii-xxxi. Julio Cailliet-Bois intenta aclarar la compleja problemática en torno a los diferentes manuscritos (201-04); ver también el "Aparado primero" de la edición monumental de Sáenz de Santa María (xxxvii) y sus dos ensayos "Importancia y sentido del manuscrito Alegría de la Verdadera Historia de Bernal Díaz del Castillo" y "¿Fue Remón el interpolador de la crónica de Bernal Díaz del Castillo? En contra de lo que concluye Sáenz de Santa María, Guillermo Serés propone que el manuscrito "Guatemala" es la redacción más cercana, aunque no la primera, a la "intención última" (529) de Bernal de escribir una crónica que refute la de Gómara y las de sus seguidores.

embargo, corre el riesgo de la petrificación, y la *Historia verdadera* no es un caso distinto. Por ser un libro al parecer repetitivo y de estructura finalmente irregular, la tendencia general ha sido fijarse en ciertas páginas y olvidar que éstas figuran en el contexto de una obra inmensa, compleja y ambigua. Las traducciones, por ejemplo, son casi siempre condensaciones que simplifican y desvirtúan el espíritu de la obra. Incluso los críticos, curiosamente, suelen destacar en sus artículos los mismos pasajes del texto.

En este capítulo —y en los dos que siguen— me interesa efectuar una lectura de la *Historia verdadera* que en lo posible considere, desde la totalidad del discurso bernaldiano, ciertos aspectos postergados que me parecen fundamentales para comprender la excepcionalidad y modernidad de la obra. En las próximas páginas, me centro en ese primer nivel del texto constituido por la sucesión de personajes y acontecimientos, es decir, aquellos elementos que lo convierten, en sentido amplio, en una narración. Al igual que una epopeya, una tragedia, una novela, o una película, la obra de Bernal cuenta una historia. Como se sabe, “historia” es un término ambiguo en castellano, pues no especifica si los hechos a los que se refiere son verdicos o ficticios; la distinción inglesa entre “history” y “story” se confunde en “historia”. Es interesante que esta palabra contenga el núcleo de las ideas de Robin George Collingwood, Northrop Frye, Roland Barthes y Hayden White en torno a la íntima relación, desde el punto de vista narrativo, entre la historia y la ficción.⁴ A pesar de las diferencias

indiscutibles entre ambos tipos de discurso, el uno y el otro comparten, como ellos señalan, múltiples recursos claves: imaginar *a priori* el pasado; seleccionar lo que se cuenta; decidir la disposición temporal de los hechos; marcar los acentos psicológicos; relatar con el fin de impregnar un sentido a la narración.

Verídica o ficticia, la *Historia verdadera* está hecha de figuras y sucesos. De acuerdo con Bernal, y sería difícil probar lo contrario, cada uno de los cientos de personajes que intervienen en la obra es histórico y todos los eventos que se cuentan en ella acontecieron en la realidad. Sin embargo, el carácter del texto depende no sólo de la posible veracidad del mundo representado, sino también de la particular construcción de los personajes que actúan en la escritura de Bernal. Al igual que “historia”, “personaje” es un término ambiguo que se desplaza entre lo real y lo ficticio. El Hernán Cortés de la *Historia verdadera* es un personaje no sólo por su existencia real, sino también por el proceso narrativo a través del cual se realiza en el texto. Cortés, personaje central de la conquista de México, adquiere, con las palabras de Bernal, rasgos no constatables fuera de las páginas del libro. Es bien conocido el episodio en el que Cortés, en un momento de intenso heroísmo,

Barthes, “Le Discours de l’histoire”; White, *Tropics of Discourse*. Sobre el significado de “historia” en el Renacimiento, ver: Mignolo, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista” y William Nelson, *Fact or Fiction: The Dilemma of the Renaissance Storyteller*. La relación entre la *Historia verdadera* y los géneros renacentistas se estudia en el próximo capítulo.

pierte y recupera una de sus prendas: “estaba Cortés perdiendo y se le quedó un alpargate en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzó el un pie salió a tierra; y luego le sacaron el alpargate y se lo calzó” (XXXI, 75). Menos que corroborar la veracidad del incidente narrado, me interesa indagar cómo esos detalles que pueblan la *Historia verdadera* contribuyen a una nueva caracterización del personaje y, en última instancia, a una original y memorable versión de los eventos de la historia.

Como veremos, el que se acentúe la construcción de los personajes realizada por Bernal no significa que esas vidas históricas se vuelvan vidas ficticias, por usar las palabras de Dorrit Cohn (“Fictional *versus* Historical Lives: Borderlines and Borderline Cases”). Es interesante, sin embargo, que las técnicas narrativas de Bernal ejemplifiquen, a pesar de las diferencias lógicas, las teorías del personaje ficcional de E.M. Forster y de Joseph Ewen. Alejándose de los esquemas propios del discurso histórico, Bernal crea personajes que no sólo corresponden a la tipología de Forster en *Aspects of the Novel* —los consabidos personajes “flat” (“planos”) y “round” (“redondos”)— sino que, por la variedad de matices, ilustrarían también una gradación más amplia. Ewen propone clasificar a los personajes por su complejidad, por los cambios que experimentan y por la capacidad de revelar su vida interior; estas tres categorías son válidas para describir la sorprendente gama de posibilidades en la caracterización de los personajes en la *Historia verdadera*.⁵ En Bernal se percibe un

intento explícito de llenar los vacíos propios de esas obras históricas en las que se pretende destacar sólo un rasgo sobresaliente del personaje. El Cortés de Gómara, por ejemplo, es unidimensional pues el cronista oficial se concentra en el elogio del héroe.⁶

No es el propósito de este capítulo examinar minuciosamente cada personaje de la *Historia verdadera*. Las tres secciones que lo componen están dedicadas a Hernán Cortés, a los soldados compañeros de Bernal y a los indios de las tierras conquistadas. La figura de Cortés es protagonista no sólo por su importancia histórica y por el rango que ocupa en los sucesos de la Nueva España, sino también por ser el personaje que Bernal juzga menos reconocible en las páginas de Gómara y cuya reconstrucción, por tanto, se vuelve necesaria y urgente. Uno de los propósitos explícitos de la obra es destacar el papel de los “verdaderos conquistadores”, es decir, todos aquellos soldados gra-

tudios no se han traducido del hebreo, ver: Rimmon-Kenan *passim*.
⁶ Iglesia resume la concepción de la historia subyacente en Gómara como “esencialmente la biografía de los grandes hombres” (*Cronistas e historiadores de la conquista de México* 155). Retomando las ideas centrales de Iglesia, Mignolo percibe en la organización de la *Historia de la conquista de México*, desde el nacimiento hasta la muerte de Cortés, “la estructura de lo que más tarde se consolidará como un tipo discursivo historiográfico: la biografía” (“Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista” 81). En *Evaristo Carrigo*, Borges se refiere a la paradoja del género: “Que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero, es una paradoja evidente. Elicitar con despreocupación esa paradoja, es la inocente voluntad de toda biografía” (113).

cias a los cuales, según Bernal, tuvo éxito la empresa y a quienes pretende hacer justicia. Invisibles en otras crónicas, personajes de enigmáticos nombres como Castillo "el de lo pensado" y Castillo "el de los pensamientos" (CLX, 588), aparecen y desaparecen en pocas líneas, pero el realismo de su caracterización perdura. Más aún, un tono melancólico domina el recuerdo de los soldados, pues mientras Bernal escribe casi todos ellos están muertos.

La representación de los indios, a pesar de lo que sugieren las descripciones iniciales, muestra la complejidad de esa sociedad naciente del Nuevo Mundo. Los indios del pasado, vistos como una colectividad enemiga, suelen describirse como miembros de grupos marcados por ciertos atributos: el valor, la cobardía, la amistad. Sólo algunos de ellos, como Moctezuma y la Malinche, poseen nombres propios, uno de los recursos principales de la caracterización en el discurso narrativo.⁷ Ciertos rasgos de los indios, como el color de la piel, la manera de hablar y la barbarie de sus ritos, son constantes en las descripciones de Bernal. El misterio de los indios contrasta con la cotidianidad de los soldados, cuyas aldeas, genealogías y costumbres Bernal describe con la intimidad de quien las comparte y comprende. Significativamente, los indios, con el pasar del tiempo, se convierten en los vecinos de Bernal en Guatemala; Bernal redacta su manuscrito en un espacio que si bien

⁷ Ver los dos estudios de Sonia Rose de Fuggle, "Bernal Díaz del Castillo cuentista: La historia de doña Marina" y "'Era el gran Montezuma...': el retrato en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo".

[38]

sigue siendo ajeno, ya no es del todo incomprensible. La originalidad de la *Historia verdadera* radica en parte en ese contraste irreconciliable entre lo familiar y lo extraño en ese nuevo mundo desde el que escribe.

La identificación con los soldados y el asombro ante los indios contribuye de modo importante a la caracterización del propio Bernal, quien en el texto, como veremos en el capítulo segundo, se revela como el personaje cuya conciencia conocemos de modo más transparente.

1. UN SOLO CAPITÁN

Acaso una frase de Tolstói resume en su esencia lo que sentía Bernal hacia su capitán: "Sabemos lo que amamos, eso es todo". Hacia el final de la *Historia verdadera*, Bernal reconstruye una escena al parecer trivial en la que encontramos la profundidad de ese amor por Cortés: "Y una muy solemne comida, y servida con tantas vajillas de oro y plata, y con tal concierto, que el mismo Luis Ponce dijo secretamente al alguacil mayor Proaño y a un Bocanegra que ciertamente que parecía que Cortés en todos los cumplimientos y en sus palabras y obras que era de muchos años atrás gran señor" (CXCI, 765). Bernal atribuye esa noble visión de Cortés nada menos que al licenciado Luis Ponce de León, nuevo gobernador de México, y nos dice recordando con precisión no sólo a quienes oyen, sino incluso las palabras textuales del elogio sorprendente y secreto; en su táctica aprobación, el cronista revela, de modo indirecto, la naturaleza de lo que siente. Y si un lector perspicaz, menos

[39]

ingenuo socialmente que Bernal, sospecha otras motivaciones en el comentario de Ponce de León, esto sólo agudiza el poder del aforismo de Tolstoi. Acaso avergonzado por su confesión, Bernal abandona de inmediato el tema recurriendo a la fórmula que invariablemente usa en ocasiones como éstas: “Y dejaré de hablar de estas loas, pues no hacen a nuestra relación” (CXCI, 765).

La complejidad de esa escena, con sus detalles concretos y su gran carga emocional, no es frecuente en las crónicas de Indias, textos en los que rara vez el amor sobresale como motivo central. Si pensamos, por ejemplo, en la historia de Francisco López de Gómara, cronista oficial de Cortés, su capellán personal y tutor de su hijo, vemos que el afecto es menos evidente en sus páginas que el doble propósito de glorificar al héroe y deslumbrar por su prosa elegante.⁸ El efecto que Gómara produce en Bernal es no-

⁸ En su *Historia de las Indias*, Las Casas reacciona con vehemencia en contra de la glorificación desmedida y engañosa del héroe: “Todas éstas son falsedades y cosas inventadas por Cortés o fingidas por Gómara, su criado, para lisonjear y vender su tiranía por servicio grande al rey y engañar al mundo, como lo tienen muchos días ha engañado” (III: 242; Capítulo CXX). En varios pasajes del libro III, Las Casas se refiere al sumiso acato del cronista oficial de Cortés: “Todo esto dice así formalmente Gómara en la Historia de su año Cortés” (237; Capítulo CXIX). Ver también los Capítulos CXVII, 231; CXXII, 251; CXLII, 321. Sobre la relación de enemistad entre Las Casas y Gómara, ver: Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México* 200-10. En un pasaje de la *Historia verdadera*, Bernal sugiere una posible corrupción de Gómara al favorecer sólo al héroe: “le debieron de granjear al Gómara con dádivas porque lo escribiese desta ma-

table.⁹ Si el texto de la *Historia verdadera* se hubiera perdido y no tuviéramos más alternativa que imaginarla a partir de algunos de sus críticos modernos y de los pasajes que ellos destacan, deduciríamos equivocadamente que la obra constituye una polémica en contra de la glorificación de Cortés efectuada por Gómara, un antipañegírico en el que el héroe de la conquista de la Nueva España se ha vuelto irrecognocible. Sin embargo, en la historia de Bernal reencuentramos al mismo capitán de Gómara, excepcionalmente talentoso, pero descrito ahora con toda la sutileza de un amor tan completo y profundo, como en la escena aludida, que ni siquiera necesita ser enunciado directamente.¹⁰ Pero

nera, porque en todas las batallas y reencuentros éramos los que sosteníamos a Cortés, y ahora nos amigüla en lo que dice este cronista que le requeríamos” (CXXIX, 398-99). De hecho, Iglesia menciona unos documentos inéditos “en los que consta que Gómara recibió quinientos ducados de don Martín Cortés, hijo del conquistador, por su historia de la conquista de México” (*Cronistas e historiadores de la conquista de México* 233-34, nota 44).

⁹ Rebatiendo su propia tesis de 1935 en la que describía a Gómara como el “clérigo panegirista del caudillo” (“Bernal Díaz del Castillo y el populatismo en la historiografía española” 14), Iglesia, luego de releerlo, cuestiona las injustificadas críticas de Bernal: “Con este bagaje de fobias que Bernal tiene contra Gómara, no cabe esperar que la sonda de que antes nos habló funcione con precisión. En efecto, la mayoría de sus comentarios tienen carácter de simples exabruptos” (“Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la *Historia de la Conquista de México*, de Francisco López de Gómara” 29-30).

¹⁰ Lector amantísimo de Bernal, Cunninghamme Graham destaca la profundidad del sentimiento del soldado: “He loved Cortés

ese amor cobra formas distintas, y en la *Historia verdadera* vemos cómo la descripción de Cortés se desplaza hacia otros tres aspectos que también lo expresan: la admiración militar, tanto implícita como explícita; cierta objetividad distanciada que, si bien ubica a Cortés en el centro de la escena, lo anima y lo humaniza a la manera de las demás figuras militares que describe;¹¹ y las frecuentes críticas — severas, exactas y convincentes — pero que extrañamente no modifican la admiración y el afecto del cronista.

Las críticas de Bernal hacia Cortés se entienden con claridad después de una lectura cuidadosa, cuando descubrimos cuán reales y profundas deben haber sido las cau-

as perhaps few soldiers in the world have loved their generals" (x); "Quiso a Cortés como acaso pocos soldados en el mundo hayan querido a sus generales". Sáenz de Santa María también percibe la esencia del amor de Bernal, aunque reconoce sus limitaciones: "Quiere a Cortés pero lo hubiera preferido más equitativo" (*Historia de una historia* 81). Curiosamente, gran parte de la crítica tiende a enfatizar de manera casi exclusiva los sentimientos negativos de Bernal hacia su capitán, eliminando los matices. El mismo Iglesia juzga a Bernal con desacostumbrada severidad: "por las páginas de Bernal, no obstante sus continuadas protestas de lealtad y admiración, corre un descontento apenas reprimido contra Cortés, un deseo enconado de rebajar sus méritos" ("Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la *Historia de la Conquista de México*, de Francisco López de Gómara" 25). Unas páginas más adelante, tilda a Bernal de "resentido" (27).¹¹ Enrique Anderson Imbert dice de la descripción que hace Bernal de Cortés: "Lo rodea de su gente, lo humaniza, lo hace mover y hablar con los gestos del común" (*Estudios sobre escritores de América* 16).

[42]

sas del resentimiento del soldado. Si nos detenemos en esas causas — que siguen carcomiendo a Bernal después de medio siglo — vemos que resultan en críticas explícitas de su capitán, con la excepción de una: el elogio desmedido e injustificado que Gómara le hace a Cortés y que va en detrimento de los demás soldados que, como Bernal, contribuyeron directamente a su gloria:

y doy muchas gracias y loores a Dios nuestro señor y a nuestra señora la virgen Santa María, su bendita madre, que me ha guardado que no sea sacrificado, como en aquellos tiempos sacrificaron todos los más de mis compañeros que nombrados tengo, para que ahora se descubran muy claramente nuestros heroicos hechos: y quienes fueron los valerosos capitanes y fuertes soldados que ganamos esta parte del Nuevo-Mundo, y no reflexan la honra y prez y nuestra valía a un solo capitán. (CCV, 866)

Detrás de esta queja se esconde también un motivo económico: antes de poder obtener cualquier tipo de recompensa por los servicios prestados a la Corona, era necesario darse a conocer en el ámbito de las instituciones oficiales, y la exclusiva glorificación de Cortés opacaría los méritos de los demás soldados.

Gómara, sin embargo, no aparece como el único responsable de esa glorificación. Bernal le atribuye al mismo Cortés una cierta colaboración tácita en el proceso de su propio ensalzamiento, pues percibe en él un ansia desmedida de gloria y de recompensas, las cuales no está dispuesto a compartir con nadie:

[43]

y también dijo Cortés que tuvo muy buenos y valerosos soldados, y que peleábamos con muy gran esfuerzo; y lo que sobre ese caso propone Bernal Díaz del Castillo es, que si esto que ahora dice Cortés, escribiera la primera vez que hizo relación a su majestad de las cosas de la Nueva-España, bueno fuera; mas en aquel tiempo que escribió a su majestad, toda la honra y prez de nuestras conquistas se daba a sí mismo. (CCV, 847)

Aunque Bernal repite esta queja con frecuencia, varias circunstancias contribuyen a mitigar su enojo: el mismo Cortés debió luchar ferozmente para obtener su propio reconocimiento; además, Cortés sí intentó ayudarlo en una ocasión al escribir una carta en su favor; y, a fin de cuentas, la única manera eficaz de obtener recompensas era viajar a España para presentar el caso en persona ante la corte y el Consejo de Indias. Otra crítica recurrente de Bernal, íntimamente relacionada con la anterior, destaca la codicia insaciable de Cortés por el oro y los bienes materiales.¹² Capítulos enteros están teñidos por el resentimiento que esta

¹² En su capítulo dedicado a Hernán Cortés, Beatriz Pastor explora la motivación de las expediciones españolas realizadas a partir de 1509 desde Santo Domingo, Cuba o Jamaica. Según Pastor, el objetivo primordial de todas ellas era la captura y el tráfico de esclavos y el saqueo del botín, especialmente del oro (113-233). Por el contrario, Todorov cree que la motivación inicial de la expedición de Cortés era la de comprender los signos: "Son expédition commence par une quête d'information, non d'or" (*La Conquête de l'Amérique* 105; "Su expedición comienza con una búsqueda de información, no de oro"). Para una crítica

codicia produce en Bernal, especialmente cuando se trata del repartimiento de bienes—tanto de oro como de esclavos— en las batallas previas a la toma de Tenochtitlán, en las cuales Cortés se las ingenia, una y otra vez, para quedarse con una porción mayor al quinto que le corresponde.¹³ Pero acaso de mayor impacto, por lo desinteresados, son los amargos comentarios que Bernal intercala de vez en cuando a propósito de otro tema: "porque Cortés ja-

cerrera del libro de Todorov; ver: González Echeverría, "America Conquered" 283-87.

¹³ En una escala incluso mayor, Charles Gibson describe la actuación ilegal de Cortés en Tlaxcala: "Unauthorized 'tribute' collection was also made by Cortés himself in the 1520's, and there may have been a connection between Cortés' gains and the treasury's losses. Many witnesses in 1529 testified that Cortés received money from the Tlaxcalans after the province had been placed under crown control. [...] Witnesses estimated the total value at 11,000 pesos. It was said that the royal officials had refrained from bringing charges against Cortés for this unauthorized tribute in order to avoid countercharges implicating themselves in similar acts" (63-64; "La recaudación no autorizada de 'tributos' fue realizada también por el mismo Cortés en el decenio de 1520, y puede que haya habido una conexión entre las ganancias de Cortés y las pérdidas del tesoro. Fueron muchos los que testificaron en 1529 que Cortés había recibido dinero de los taxcaltecas después de que la provincia se pusiera bajo el poder de la corona. [...] Los testigos estimaron un valor total de 11,000 pesos. Se dijo que los funcionarios reales se abstuvieron de levantar cargos contra Cortés por este tributo no autorizado con el propósito de evitar otros cargos que los implicaran a ellos mismos en acciones parecidas"). Ver también 170-81.

más le dio ningunos dineros de lo que le había prometido” (CXCI, 768).

Otro defecto de Cortés que Bernal destaca es la extraña e injustificada crueldad del capitán, incluso hacia quienes más lo querían: “pasó un esforzado soldado que se decía Lerma; este fue uno de los que ayudaron a salvar a Cortés [...] y se fue entre los indios como aburrido de temor del mismo Cortés, a quien había ayudado a salvar la vida, por ciertas cosas de enojo que Cortés contra él tuvo, que aquí no declaro por su honor” (CCV, 861-62). Bernal también le critica a Cortés ciertos actos sin aparente sentido y que define como “cosa bien inconsiderada e sin provecho” (CLXXV, 696), como en esas ocasiones en las que pareciera nublársele el entendimiento y actuar de manera irracional. Esta falta de Cortés se acentúa, según Bernal, debido a su orgullosa terquedad y obstinación: “Era muy porfiado, en especial en cosas de guerra, que, por más consejo y palabras que le decíamos sobre cosas desconsideradas de combates que nos mandaba dar cuando rodamos los pueblos grandes de la laguna; y en los peñoles que ahora llaman ‘del marqués’” (CCIV, 843). Reunidos en una lista y enumerados en conjunto, los defectos que Bernal percibe en Cortés constituyen una acusación alarmante. Esto se vuelve mucho más serio si agregamos otros atributos que Bernal revela de manera casi inconsciente, pues parecen molestarlo menos: los prejuicios raciales o la injuria del capitán, actitudes compartidas por gran parte de los soldados.

En la *Historia verdadera*, sin embargo, Bernal nunca lleva a cabo una operación sistemática y totalizadora que reúna

[46]

simultáneamente todos los pecados de Cortés. Al igual que Bernal, el lector descubre sus defectos a medida que éstos surgen, de manera aislada, y por esto raramente opacan la esencial admiración y el afecto del cronista. No obstante, hay páginas en la obra en las que el enojo de Bernal, tanto el antiguo como el presente, se vuelve explícito y severo. Hay secciones enteras reñidas por una especie de tristeza, justificada ante nosotros a través de vívidas imágenes. Uno de esos pasajes es la desastrosa expedición a Honduras en busca de Cristóbal de Olid. En primer lugar, los motivos que impulsan a Cortés a realizar la expedición le parecen a Bernal un tanto sospechosos: “parecióle que por ventura no habría buen suceso la armada que había enviado, y también porque le decían que aquella tierra era rica de minas de oro, y a esta causa estaba muy codicioso, así por las minas, como pensativo en los contrastes que podrían acaecer a la armada” (CLXXIV, 690). Pero como es frecuente en Bernal, esa crítica implícita a Cortés de ir a Honduras motivado por el oro se ve equilibrada, en la próxima línea, por la complejidad de sentimientos que le atribuye: “Y como de su condición era de gran corazón, habíase arrepentido por haber enviado al Francisco de las Casas, sino haberi do él en persona” (CLXXIV, 690). Asimismo, Bernal no le perdona a su capitán el que haya obligado a los antiguos soldados como él, que ya merecían descanso y recompensa, a participar en la expedición: “en el tiempo que hablamos de reposar de los grandes trabajos y procurar de haber algunos bienes y granjerías, nos mandó ir jornada de más de quinientas leguas, y toda la más tierra por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos, y

[47]

estuvimos en el viaje más de dos años y tres meses" (CLXXV, 695). Más aún, Bernal se indigna cada vez que recuerda la ceguera de Cortés al confiar en dos personajes siniestros, el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Pedro Almindéz Chirinos, a quienes proporciona cartas en las que les confiere amplios poderes en la ciudad de México. Según Bernal, Cortés cae ingenuamente en la trampa de dejarse seducir por las "muy grandes reverencias y palabras delicadas" (CLXXIV, 692) de este par de adúladores traicioneros. Unos capítulos más adelante, Bernal describe las desastrosas consecuencias de este error de cálculo de Cortés, del que "tomó tanta tristeza, que luego comenzó al parecer a sollozar en su aposento" (CLXXXV, 739). Uniendo su voz a la de los demás soldados, el cronista no se cansa de condenar: "estábamos tan tristes y enojados; así del Cortés, que nos trajo con tantos trabajos, como del factor, y echábamose dos mil maldiciones, así al uno como al otro, y se nos saltaban los corazones del coraje" (CLXXXV, 744). Una vez en camino, Cortés persevera testarudamente en seguir la ruta que él ha elegido, a lo largo de la costa, donde las múltiples miserias eran virtualmente inevitables, y Bernal lamenta que no haya hecho caso a su consejo: "yo le dije muchas veces que fuésemos por las sierras, y porfió que mejor era por la costa; y tampoco acertó, porque si fuéramos por donde yo decía, era toda la tierra poblada" (CCIV, 843).

Bernal condena también la violencia del capitán contra Cuauhtémoc, quien está en la expedición. Perceptiblemente de mal ánimo, Cortés comete la injusticia impardonable de matar a Cuauhtémoc, a quien Bernal, y otros que lo querían, cree inocente de lo que se le acusa:

e yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo, por haberles conocido tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrecían, especial en darme algunos indios para traer yerba para mi caballo. Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal a todos los que íbamos aquella jornada. (CLXXVII, 708)¹⁴

Al término de la desastrosa expedición, Cortés muestra un desacomunbrado temor, que linda en cobardía, cuando se entería de la conspiración que maquinan en su contra el factor y el veedor en la ciudad de México: "y como estaba flaco y mal dispuesto y quebrantado de la mar, y muy temeroso de ir a la Nueva-España, por temor no le prendiese el factor, parecióle que no era bien ir en aquella sazón a México" (CLXXXVII, 748). Cortés decide asentarse en el puerto de Trujillo porque, según Bernal, "el buen ángel de

¹⁴ Bernal reproduce directamente las acusatorias palabras finales de Cuauhtémoc: "y cuando le ahorcaron dijo el Guatemuz: 'Oh capitán Malinche! Días había que yo tenía entendido e había conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habías de dar, pues yo no me la di cuando te entregaste en mi ciudad de México: ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande'" (CLXXVII, 708). En "Cuauhtémoc", Octavio Paz media acerca de la indisoluble vinculación entre Cuauhtémoc y Cortés para los mexicanos: "No se puede reducir la historia al tamaño de nuestros rencores. El Cortés que nos pinta Diego Rivera es tan falso como el Cuauhtémoc que nos describe Vasconcelos. Si empequeñecemos a uno de los antagonistas, se degrada al otro: Cuauhtémoc y Cortés son inseparables" (273). Ver también José Vasconcelos, "Discurso de Cuauhtémoc".

la guarda se lo había alumbrado” (CLXXXVII, 748); nadie logra convencer al capitán de que regrese a México hasta que apresan a los conspiradores: “Y por más palabras e importunaciones que el Sandoval dijo a Cortés y Pedro de Saucedo ‘el Romo’ para que se fuese a la Nueva-España, nunca se quiso embarcar” (CLXXXVII, 750). La acumulación de estas imágenes negativas, próximas unas a otras en el relato, abruma incluso al mismo Bernal. Pero al igual que los demás soldados, él tampoco puede resistir la tentación de quejarse de la suerte de Cortés, que lo persigue desde la conquista de la ciudad de México y que, como se sugiere en varios de los capítulos finales, algunos atribuyen a las maldiciones de los muertos: “Y si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganó la Nueva-España, y dicen que son maldiciones que le echaron” (CC, 821).

Pero incluso en el relato de la terrible expedición, Bernal, absorto como siempre en los eventos particulares, no enumera los defectos de Cortés uno tras otro, y su afecto por el capitán se percibe también en estos pasajes sombríos de la historia. El retrato de Cortés, en general, es tranquilo. A veces se nota cierto humor sutil, como cuando sus hombres saquean toda la comida y Cortés se ve obligado a preguntarle a Bernal, con palabras “melosas”, dónde están los alimentos escondidos: “O señor hermano Bernal Díaz del Castillo, por amor a mí, que si dejasteis algo escondido en el camino, que partáis conmigo’ [...]. Y como vi sus palabras y de la manera que lo dijo, hube lástima de él” (CLXXVI, 704). En medio de los horrores de la expedición, el retrato destaca la admiración del cronista. Cuando se desorientan en la selva, Cortés, siempre preparado, se las ingenia para

fabricar una brújula: “Y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, tratamos una aguja de mearar” (CLXXV, 698). Asimismo, una tribu hostil se somete con la sola mención del nombre de Cortés, cuyas destrezas Bernal también constata al ver que los puentes contruidos por él siguen, al cabo de los años, curiosamente intactos:

y después que aquellas tierras y provincias estuvieron de paz, los españoles que por aquellos caminos estaban y pasaban, y hallaban algunas de las puentes sin se haber deshecho al cabo de muchos años, y los grandes árboles que en ellas poníamos, se admiran dello, y suelen decir ahora. “Aquí son las puentes de Cortés”; como si diesen, las columnas de Hércules. (CLXXVIII, 715)

En otras ocasiones, Bernal describe a Cortés con una sencillez y despreocupada objetividad. Por ejemplo, la noche después del asesinato de Cuauhtémoc, Cortés, atormentado por su conciencia, no puede dormir y, errando en la oscuridad, sufre una caída después de la cual pasa varios días herido, ocultando su sufrimiento: “se descalabró la cabeza, y calló, que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura, y todo se lo pasaba y sufría” (CLXXVII, 709). Este detalle, como otros parecidos, no pretende destacar complejos rasgos psicológicos del personaje; más bien, Bernal simplemente escribe lo que recuerda de esa noche del viaje. Amado y maldito, admirado y criticado, el personaje de Hernán Cortés se revela en toda su complejidad a través de las páginas de esta crónica.

Parte del placer de la lectura de la *Historia verdadera*, a diferencia de otras obras históricas, proviene precisamente de esta ausencia de significado ulterior con la que a veces se describen los hechos. Sin embargo, la minuciosa exactitud histórica que anima a Bernal termina por convencer a la mayoría de los lectores de la veracidad de la obra. Pero esta convicción, como veremos en el próximo capítulo, no se extiende a cada detalle. Intuimos a menudo que Bernal percibe sólo lo que le conviene en las intenciones de ciertas personas. También se presente que su memoria puede alterar los acontecimientos, que su cronología no siempre merece confianza. Aún así, tenemos la sensación constante de que estamos ante una verdad literal en las cosas fundamentales. Al igual que un buen pintor, Bernal capta las esencias; y con respecto a Cortés, el lector termina convencido de que el capitán era realmente como Bernal lo retrata. Es difícil analizar la causa de esta sensación. La pregunta es la siguiente: ¿cómo podemos juzgar la veracidad de un relato histórico basado en sucesos que no presenciarnos? Esto es incluso más problemático cuando, como sucede con tantos pasajes de la *Historia verdadera*, no disponemos de otros textos cuyos relatos nos sirvan de comparación, y cuando, por otra parte, los criterios internos de congruencia son difíciles de aplicar por la falta de estructura de la obra. Además, con un poco de esfuerzo, cualquier impostor puede alcanzar esa coherencia, puesto que es él, precisamente, quien más la necesita. Por lo tanto, esa verdad esencial que percibimos en Bernal, aunque puede ser usada para atacar a los más grandes y exactos historiadores, es menos valiosa de lo que la erudición moderna tiende a imaginar.

[52]

Si pensamos en una analogía, podemos preguntarnos en qué radica esa secreta convicción por medio de la cual solemos imaginar que Felipe IV, de quien no existen fotografías y cuya figura fue plasmada por Velázquez y otros pintores, sería en realidad como lo pintó el genial pintor de la corte. Es cierto que Velázquez captó sólo una mínima parte de esa realidad infinita que es el personaje, y es cierto que las demás versiones no decepcionan, pero uno siente que Velázquez captó más que los otros. Acaso la respuesta consista en que las obras que producen esta sensación se caracterizan por cierta presencia simultánea de lo que el autor ama y odia, gusta y desprecia, una sutil conjunción del bien y del mal, como en el caso de Velázquez. En sus retratos, Felipe IV posee un aura que es indudablemente la de un rey. Pero al mismo tiempo que se observa la bondad de su tranquilo rostro, se percibe el mal, la pesadez de su cuerpo, quizás la estupidez, producto acaso de los genes de matrimonios consanguíneos. El que mira un retrato como éste puede vislumbrar la calidad de las oraciones del rey, así como su odio y su amor. De igual manera, el lector de Bernal percibe de inmediato lo que es malo y común en Cortés, pero también su grandeza.

Al final de la *Historia verdadera*, Bernal hace un retrato sintético de Cortés, a manera de resumen. Este mismo procedimiento, dictado por la convención, había sido utilizado por Gómara para cerrar su *Historia de la conquista de México*.¹⁵ Entre las dos descripciones existe un parecido

¹⁵ Tradicionalmente, después del relato de los eventos en orden cronológico sigue una descripción de la persona y un breve aná-

[53]

notable, pues la de Gómara, publicada primero, claramente le sirvió de modelo a Bernal. Los dos pasajes son demasiado extensos para citarlos enteros y compararlos de cerca, pero podemos detenernos a considerar la diferencia más destacada.

El retrato que hace Gómara, aunque demuestra gran esmero y cuidado, es epigramático. Este logra la objetividad a través de un implacable empleo de la antítesis, a la manera de Tucídides o de Tácito. La antítesis marca tanto la estructura general de la obra como la descripción de los detalles. Se nos proporciona primero el físico de Cortés y después su temperamento:

Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fué travieso cuando muchacho, y cuando hombre fué asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en la paz también. (CCLII, 298)

Cortés fue travieso en su juventud y sereno en su madurez, lo que sugiere implícitamente que Cortés fue siempre

lisis epigramático de su carácter. Plutarco sólo usó este recurso de modo fortuito, como en *Lucullus* 39-42, puesto que su estrategia consistía en la comparación de vidas paralelas, pero ya aparece visiblemente en Suetonio: *Domitianus* 18-22, *Nero* 61-67 y *Tiberius* 68-71. El retrato final del héroe suele ser minucioso: en el caso de Gómara se extiende, por ejemplo, hasta el detalle del amor que Cortés le tenía al juego de los dados.

[54]

un buen líder, tanto en tiempos de guerra como de paz. También sabemos por el retrato de Gómara que a Cortés le encantaba comer, pero que era moderado en el beber; era prodigioso en la guerra y pródigo con las mujeres y los amigos, pero en otras cosas era poco generoso; era un libertino, celoso en su propia casa y atrevido en las ajenas, pero era muy devoto, recitaba salmos de memoria y era dadivoso. Como vemos, la antítesis, en manos hábiles, se vuelve inherentemente estereoscópica, pues se basa en el principio de que dos ojos o dos manos son siempre mejores que uno para capturar la realidad. Por lo tanto, este recurso no sólo sirve para glorificar al héroe, sino que a menudo permite una aguda penetración en el material; por ello, es curioso que Gómara siga siendo tan subestimado por la mayoría de los críticos.¹⁶

En su propio retrato final de Cortés, Bernal respeta el esquema mencionado, pero es muy probable que no lo entendiera bien. Bernal cae en largas digresiones que se

¹⁶ Como señala Iglesia en *Dos estudios sobre el mismo tema*, los estudiosos modernos, influidos en gran parte por la ira explícita y constante de Bernal, han ignorado con frecuencia la influencia que Gómara ejerce en la escritura de la *Historia verdadera*. Más aún, nadie se ha detenido a investigar la envidia, palpable y justificada, que el encomendero sentía por el cronista oficial. La grandeza de Gómara es demasiado compleja para intentar analizarla aquí. Basta comparar, por ejemplo, la descripción de Bernal de la ejecución de Cuauhtémoc, citada en esta sección, con la de Gómara, más enérgica, epigramática y discreta, pero no por eso menos exacta en su análisis del acontecimiento (*Historia de la conquista de México* 143; Capítulo CLXXIX).

[55]

alejan del esquema al darle rienda suelta al hilo poroso de su memoria. La objetividad que resulta de su descripción no es menos real que la de Gómara, pero se basa no tanto en la habilidad para utilizar un recurso como en la calidad de la experiencia del escritor y en su obsuinada atención a la realidad circundante, cualidades más bien extraliterarias. Por medio del retrato de Gómara, por ejemplo, sabemos que Cortés era rehecho y de gran pecho; de color ceniciento, barba clara y cabello largo; y admirándose a la segunda etapa de su esquema, el historiador continúa su descripción. En el retrato de Bernal surge una estructura diferente:

Fue de buena estatura y de cuerpo bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo cenicienta, e no muy alegre; y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; y los ojos en el mirar amorosos, y por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba era de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenecño y de poca barriga y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados, y era buen jinete y diestro de todas armas, así a pie como a caballo, y sabía muy bien menearlas; y sobre todo, corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. (CCIV, 841)

La complejidad que entraña este retrato de Cortés se debe, en última instancia, al amor de Bernal por su capitán, o por lo menos a una atención inusitada a su realidad concreta, lo cual es una señal de amor. Hemos destacado los defectos de Cortés, su malicia y esa aparente objetivi-

[56]

dad distanciada con la que éstos se presentan en el texto. Pero los pasajes en los que Bernal describe a Cortés con orgullo y admiración son sumamente intensos y numerosos y, sin duda, los lectores recuerdan muchos de ellos.¹⁷ Enfocarnos en lo que Bernal más admiraba de su capitán sería imposible y, como él mismo diría, tedioso. Nos parece apropiado concluir con un pasaje en el que Bernal comenta todo lo que contiene el nombre del héroe:

Y pues viene ahora a coyuntura, quiero decir, antes que más pase adelante en esta mi relación, por qué tan secamente en todo lo que escribo, cuando viene a pláticas de decir de Cortés no le he nombrado ni nombro don Hernando Cortés, ni otros títulos de marqués ni capitán, salvo Cortés a boca llena. La causa dello es, porque él mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés;

¹⁷ Uno de los rasgos de Cortés que Bernal más admira es la calidad de su discurso, especialmente al dirigirse a los soldados antes de una batalla: "nuestro capitán Cortés a caballo nos envió a llamar, así a capitanes como a todos los soldados, y de que nos vio juntos dijo que nos pedía por merced que callásemos; y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan bien dichas (cierto, otras palabras más sabrosas y llenas de ofertas que yo aquí no sabré escribir)" (CXXII, 350). Esa admiración que Bernal siente por la retórica de Cortés se expresa en múltiples pasajes: "y luego [Cortés] despachó mensajeros con respuesta para el mismo Luis Ponce, con palabras sabrosas y ofrecimientos muy mejor dichos que yo lo sabré decir" (CXCI, 763). Compárese también la manera de hablar con la cual Cortés logra frustrar al predecesor de Ponce, Cristóbal de Tapia (CLVIII, 421).

[57]

y en aquel tiempo aun no era marqués; porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo, y en nuestros tiempos teníamos a Gonzalo Hernández, por sobrenombre Gran Capitán, y entre los cartagineses Aníbal, o de aquel valiente nunca vencido caballero Diego García de Paredes. Dejemos de hablar en los blasones pasados. (CXCIH, 777)

2. MIS COMPANEROS MUERTOS

A menudo se dice que Bernal fue el primer "historiador" que escribió con llaneza desde la perspectiva de los soldados de a pie, hombres comunes y corrientes. Pero incluso si descontamos un antiguo precursor, la *Análisis* de Jenofonte, cuyo tema no es otro que los soldados de a pie, afirmar la primacía de la *Historia verdadera* constituye una simplificación. En primer lugar, como todo soldado verdadero y como todo español de esa época, Bernal percibe agudamente las jerarquías. A lo largo de la obra, los oficiales de más "importancia" reciben un mayor espacio textual que los otros, y sus relaciones personales se examinan de modo más detallado. Incluso en el Capítulo CCV, verdadero réquiem para ese ejército muerto, humilde y casi anónimo, se dedican las primeras páginas a las figuras principales de la conquista. Más aún, Bernal se enorgullece de su amistad con algunos de ellos, al igual que de su propia hidalguía. En segundo lugar, las fronteras entre las clases sociales dentro de este ejército son borrosas. Bernal mismo, por

1. FIGURAS Y SUCESOS

ejemplo, casi nunca pretende ser nada más que un miembro de lo que los ingleses denominan "other ranks" ("otros rangos"). Sin embargo, alguna vez fue dueño de un caballo y al menos en una ocasión se le confió el mando (CLXIX, 670); además, como nos muestra, ciertos oficiales, entre ellos Cortés y Sandoval, se dirigían a él con rotunda ceremoniosidad.¹⁸ Como veremos, una ambigüedad semejante se advierte en otros personajes.¹⁹

Aún así, los repetidos lazos entre la *Historia verdadera* y los soldados de a pie son verificables y se expresan de varias maneras. En primer lugar, se encuentra la muy evidente polémica con los escritos de Gómara, de Cortés y de

¹⁸ Aunque Bernal no parece ser consciente del humor, las ceremonias llegan a sonar absurdas, como vemos, *passim*, en el Capítulo CLXXVIII.

¹⁹ Según Bernal, en ese ejército la mayoría de los soldados eran jóvenes e "hijosdalgo"; "y si bien se quiere tener noticia de nuestras personas, éranos todos los más hijosdalgo, aunque algunos no pueden ser de tan claros linajes, porque vista cosa es que en este mundo no nacen todos los hombres iguales, así en generalidad como en virtudes" (CCVII, 872-73). Sin embargo, como demuestra Bernard Grunberg en "The Origins of the Conquistadores of Mexico City", de 1212 conquistadores, sólo se ha corroborado la hidalguía de 69 de ellos, es decir, aproximadamente el 5.7%; según Grunberg, el número real ha de ser alrededor del 10% (277). Cómicamente proclamando su hidalguía, algunos hombres protestaron el que Cortés los escogiera a ellos como tripulantes de los bergantines de los que se hablará más abajo. Como observa Bernal con cierta sorna, esos hombres se sintieron insultados, pero en última instancia su seguridad fue mayor que la de los soldados de a pie.

otros autores cuyos relatos perseguían la glorificación del líder. Bernal se esfuerza por elevar el papel de los soldados: son ellos, y no Cortés, quienes ingenian el plan de quemar las naves; son ellos asimismo quienes animan a su líder descorazonado; y es Cortés, sin embargo, quien tiene la culpa de varios desastres. Esos eventos se narran con un énfasis muy roscó, pero no vale la pena analizarlos, pues distan de ser el meollo de la materia. Lo que sí importa es que, página tras página, la imaginación de Bernal se adentra no en la idea general y el esquema de la conquistista, ni tampoco en los paradigmas del liderazgo, sino en esas realidades concretas que eran igual de reales, por así decirlo, para todos los rangos. Es esto lo que lo conduce una y otra vez a detenerse en los recuerdos de meras personas, sin que importe mínimamente su relativa "importancia".

Pero antes de que probemos ese hecho, debemos reparar en ciertos matices. Lo concreto no tiene por qué coincidir con lo personal. Las comparaciones pueden ser traicioneras, pero un episodio de los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca ilumina la particularidad de la *Historia verdadera*. En su relación, Cabeza de Vaca describe la ingeniosa construcción de unas barcas de las cuales dependen las vidas de los soldados. De acuerdo con el cronista, "A todos parecía imposible, porque nosotros no los sabíamos hacer, ni había herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias" (VIII, 61). Tenían "un solo carpintero", pero, significativamente, su nombre no se menciona, ni el de ningún otro, salvo un griego llamado "don Teodoro", quien hizo "cierta pez de alquitrán [...] de unos pinos" (VIII, 62). Recordado por la función que cumple, don Teodoro

[60]

es nombrado en este pasaje, pero, excepto la breve mención de su muerte, luego pasa al olvido. Y en ninguna página de los *Naufragios*, crónica fascinante por lo concreta, se encuentra el recuerdo de ninguna personalidad (salvo, quizás, la de Pánfilo de Narváez, quien se acerca a la caricatura), en lo cual coincide con la norma de los relatos históricos de la época. El contraste con la *Historia verdadera* es claro, como vemos en el episodio de los bergantines, equivalente al de las barcas de Cabeza de Vaca, pero colmado de nombres propios:

Volvamos a decir de nuestros bergantines, que el *Martin López* se dio tanta prisa en cortar la madera, con la gran ayuda de los indios que le ayudaban, que en pocos días la tenía ya cortada toda, y señalada su cuenta en cada madero para qué parte y lugar había de ser, según tienen sus señales los oficiales, maestros y carpinteros de ribera; Y también le ayudaba otro buen soldado que se decía *Añdes Nuñez*, e un viejo carpintero que estaba cojo de una herida, que se decía *Ramírez "el viejo"*; y luego despachó Cortés a la Villa-Rica por mucho hierro y clavazón de los navíos que dimos al través, y por âncoras y velas e jarcias y cables y estopa, y por todo aparejo de hacer navíos, y mandó venir todos los herreros que había, y a un *Hernando de Aguilar*, que era medio herrero, que ayudaba a machar; y porque en aquel tiempo había en nuestro real tres hombres que se decían Aguilar, llamamos a este Hernando de Aguilar "maja-hierro"; y envió por capitán a la Villa-Rica, por los aparejos que he dicho, para mandarlo traer, a un *Santa Cruz* burgalés, regidor

[61]

que después fue de México, persona muy buen soldado y diligente. (CXXXVI, 425; subrayados míos)

¿Quiénes fueron ese carpintero, ese herrero, ese buen soldado, ninguno de los cuales figura en los escritos de Cortés y de Gómara? Más adelante se descubre la verdad que Bernal sugiere en más de una ocasión: sin los hombres que construyeron los bergantines, Tenochtitlán habría quedado invicta.²⁰ Y puesto que en este episodio lo que interesan son esos barcos, un evidente hilo en el laberinto de la memoria conduce a Bernal hasta esos cinco personajes más bien oscuros.

Pero, de hecho, como verá el curioso lector que consulte el índice onomástico de Sáenz de Santa María, esos cinco hombres no se mencionan sólo en ese episodio.²¹ Si

²⁰ Cortés, por supuesto, estaba muy consciente de la importancia de estos hombres. En torno a Martín López, sabemos que Cortés, tras la Noche Triste, se alegra de su supervivencia; William H. Prescott dice: "The general solicitude for the fate of this man, so indispensable, as he proved, to the success of his subsequent operations, showed, that, amidst all his affliction, his indomitable spirit was looking forward to the hour of vengeance" (449); "La preocupación general por el destino de este hombre, tan indispensable, como demostró serlo, al éxito de sus operaciones subsiguientes, fue prueba de que, en medio de todas sus desgracias, su espíritu indomable deseaba que llegara la hora de la venganza". Aún así, ninguno de esos cinco nombres se menciona en sus cartas al rey; en sus cartas privadas menciona sólo a Santa Cruz, dos veces y en un contexto trivial.
²¹ En los párrafos que siguen haré uso del índice onomástico de Sáenz de Santa María, aunque debo señalar que dista de ser exacta

bien no es perfecta, la memoria de Bernal es rica, multidimensional, fiel. Su constante referencia a los otros rangos, lejos de ser una reacción polémica a los escritos de Cortés y Gómara, es la sustancia nada autoconsciente con la cual se fabrica la *Historia verdadera*. El pasaje citado es una especie de muestra biológica, cuya naturaleza es representativa de la obra entera, y mediante el índice podemos examinarla como bajo el lente de un microscopio. En otros capítulos, estos nombres se hacen de carne y hueso, no sólo porque el lector se entera de más detalles, sino porque, al estudiárselos en esos otros contextos, uno logra imaginar parte de lo que vivieron.

El expediente más completo, como era de esperarse, es el de Martín López, mencionado al menos en siete ocasiones, las cuales citaremos con un mínimo de comentarios para capturar al personaje a través del discurso bernaldiano mismo.

Capítulo XCVIII: "Alonso Núñez" y él enseñan a los indios cómo construir bergantines en los cuales Moctezuma pueda navegar en el lago: "y salieron tan buenos y veleros como si estuvieran un mes en tomar los gálbos, porque el Martín López era muy extremado maestro, y éste fue el que hizo los trece bergantines para ayudar a ganar a México, como adelante diré, e fue un buen soldado para la guerra. Dejemos aparte esto, e diré cómo" (284).

to y exhaustivo. Para Andrés Núñez, añádase el Capítulo XCVIII, donde se le llama "Alonso Núñez" (284), pues no se corrige el error en el manuscrito "Remón". Para Hernando Aguilár, añádase los Capítulos CXXXVI y CXL; para Santa Cruz, añádase el Capítulo CLXXVIII.

Capítulo CVIII: Sintiéndose amenazados en Tenochtitlán, y puesto que Moctezuma quiere que se marchen lo antes posible, los españoles construyen tres barcos en la costa bajo la dirección de López y de Nuñez: "Lo que Cortés le dijo a Martín López sobre ello no lo sé; y esto digo porque dice el cronista Gómara en su Historia que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Moctezuma [...] mas muy secretamente me dijo el Martín López que de hecho y apriesa los labraba" (313).

Capítulo CXXXII: Narváez, situado en un adoratorio, ha recibido una herida en el ojo; los hombres de Cortés proclaman la victoria: "y con todo esto no les pudimos entrar en el cu donde estaban hasta que un Martín López, el de los bergantines, como era alto de cuerpo, puso fuego a las pajas del alto cu, y vinieron todos los de Narváez rodando las gradas abajo" (356).

Capítulo CXXXVI: Maestro carpintero, buen soldado, fuerte varón: "Y el que fue maestro de cortar la madera y dar el gálbo y cuenta y razón cómo habían de ser veleros y ligeros para aquel efecto, y los hizo, fue un Martín López, que ciertamente, además de ser buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien a su majestad; en esto de los bergantines trabajó en ellos como fuerte varón; y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañía de los primeros, como vino, que hasta enviar por otro maestro a Castilla se pasara mucho tiempo, o no viniera ninguno" (424).

Capítulo CXL: Traen de Tlaxcala las barcas ya construidas: "y así como venían [...] [los indios] les daban gritos

desde las estrancias y barrancas, y en partes que no les podían hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas; entonces dijo el Martín López, que lo traía todo a cargo que sería bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces venían, porque los tascaltecas le habían dicho que temían aquellos caminos" (445). Sandoval acepta el consejo de Martín López.

Capítulo CCV: "pasó otro soldado que se dice Granada, vive en México; pasó un Martín López, fue un muy buen soldado, este fue el maestro de hacer los trece bergantines, que fue harta ayuda para ganar a México, y de soldado sirvió bien a su majestad, vive en México; pasó un Juan de Nájera" (853).

Andrés Nuñez, "carpintero de ribera" (LX, 150), uno de los "maestros de hacer navíos" (XCVIII, 284), se menciona al menos en seis ocasiones; por lo general como uno de los ayudantes de Martín López (XCVIII, 284; CVIII, 313; CXXXVI, 425); pero también lo vemos uniéndose a la expedición en Villa Rica, como uno de los cuatro restigos enviados por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, para tomar posesión de esa parte de la costa; los restigos fueron interceptados y permanecieron con Cortés (LX, 150). Así se lo recuerda al final del Capítulo CCV:

también quiero aquí poner a Guillén de la Loa e a Andrés Nuñez e a maese Pedro el de la Harpa e a otros tres soldados que tomamos del navío que venían de los de Garay, como dicho tengo, e por esta causa los pongo aquí con los de Cortés, por ser todo en un tiempo; el Guillén de la Loa murió de un cañazo que le dieron en

México en un juego de cañas, y los otros dellos de su muerte, y otros en poder de indios. (865)

Ramírez el viejo, mencionado quizás cinco veces, es un caso más bien curioso. Hay dos posibles interpretaciones. Se trata de un ejemplo extraordinario de lo que decíamos antes: los altibajos del soldado en la jerarquía militar; o bien ilustra un extraño lapso de memoria en Bernal. Por un lado, aparece como capitán al mando de un barco enviado por Garay para colonizar Pánuco: "y venía en él por capitán un viejo que se decía Ramírez, e ya era hombre anciano, y a esta causa le llamamos Ramírez 'el viejo'" (CXXXIII, 413). Por otro, como vimos al comienzo, es uno de los ayudantes de Marín López, meramente "viejo carpintero que estaba cojo de una herida" (CXXXVI, 425). Si estamos ante el mismo personaje, ¡qué ricas vivencias se vislumbran! Cualquiera de estos datos concuerda con otra mención de su nombre; Cortés sabía quiénes eran los que escribían versos satíricos contra su nombre, y uno era "un fulano Tirado, amigo de Diego Velázquez, yerno que fue de Ramírez 'el viejo' que vivía en la Puebla" (CLVII, 565). Y cualquiera calza con su última mención en el Capítulo CCV: "e pasó otro soldado, ya hombre anciano, que se decía Ramírez 'el viejo', que renqueaba de una pierna, vecino que fue de México, murió de su muerte" (864).

Hernando de Aguilar, "maja-hierro", se menciona al menos cuatro veces. En un pasaje se advierte el especial afecto que por él sentía Bernal. Camino de Honduras, cuando Sandoval y Cortés le ruegan que vaya a buscar forraje, Bernal "no quería ir sino con hombres sueltos" y

[66]

pide que lo acompañen "hombres que sabía que eran de sufrir trabajo" (CLXXVIII, 716), uno de los cuales es Aguilar. En otro pasaje, lo escuchamos y lo vemos a través de un tercero: "Entonces estaba allí un soldado que vive ahora en Oaxaca, que se dice Hernando de Aguilar y, como era hombre sin malicia, dijo: 'Quiérome apartar de aquí, no me lo manden a mí que le eche mano'. Y el Rangel tuvo tal risa de aquello que luego perdonó al soldado que le había enojado, por lo que el Aguilar le dijo" (CLXIX, 671).

Por último, Santa Cruz, burgalés, "regidor que fue de México", es esa "persona muy buen soldado y diligente" (CXXXVI, 425), mencionado al menos cuatro veces. Cortés lo escoge para la expedición de Honduras (CLXXIV, 691) y como uno de los capitanes a quien ordenó que buscara forraje pero que no tuvo éxito, de modo que acudió a Bernal y a Hernando de Aguilar en el pasaje que citamos arriba (CLXXVIII, 716). Asimismo, es uno de los cinco hombres a quienes Cortés, estando en España, concede más poder para gobernar su hacienda en México (CXCI, 786).

Con toda probabilidad, estas cosas serían suficientes para leer entre las líneas de ese corto pasaje sobre la construcción de los bergantines, un episodio en el que se vislumbra la extraña esencia de la *Historia verdadera*. De acuerdo con cierta tradición, todos esos hombres deberían ser meras notas al pie del "texto mismo" de la historia de un gran conquistador. Pero nuestro cronista, miope y poco diestro, carece del sentido absoluto de las jerarquías y en él las humildes notas al pie trepan de modo constante en el texto. Consciente del riesgo de escribir algo impropio, trata en vano de reordenar las cosas diciendo "dejemos esta

[67]

plática”, “volvamos a nuestra relación”, “dejemos de hablar de esto”, “volveré a nuestra materia”, etc. La verdad es que lo “importante” y lo que no lo es se enmarcan en el relato y se hace casi imposible determinar, tras una digresión interminable, a qué debemos “volver”.

Por esto, quizás, el capítulo más denso, hermoso y subyugador de la *Historia verdadera*, y acaso de cualquier otra crónica antigua, sin excepción, sea el Capítulo CCV, donde Bernal recuerda, uno por uno, los nombres y las vidas de cientos de soldados muertos. Es en esas páginas donde al fin se revela la esencia que apasiona a nuestro anti-historiador: personas, muchas de las cuales no tuvieron significado histórico alguno, simples nombres propios. El resultado, paradójicamente, es que el Capítulo CCV es incomparablemente denso por la realidad concreta y tridimensional que encierra. La única manera de hacerle justicia es citándolo, pero al citarlo apenas es posible decidir dónde comenzar y terminar. Una razón es su belleza, pero otra es la total ausencia de estructura. Aquí las notas al pie, como llamamos a esos hombres, no sólo invaden, sino que también sustituyen el texto por completo. Así es como, en este lugar, el gran Cortés, principal protagonista de la *Historia verdadera*, se convierte, él también, en una nota, en una observación parentética sujeta a la memoria de un humilde soldado:

Y pasó un fulano Navarrete, vecino que fue de Pánuco, murió de su muerte; pasó un Francisco Martín de Vendabal, vivo le llevaron los indios a sacrificar; y así mismo a otro su compañero que se decía Pedro Gallego,

[68]

y desto echamos mucha culpa a Cortés, porque quiso echar una celada a unos escuadrones mexicanos, y los mexicanos se la echaron al mismo Cortés y le arrebataron los dos soldados, y los llevaron a sacrificar delante de sus ojos, que no se pudieron valer; y pasaron tres soldados que se decían Trujillos: el uno natural de Trujillo, y era muy esforzado y murió en poder de indios, y el otro [...] (854)

En este pasaje Bernal ya no siente la necesidad de escribir “dejemos desto”.

3. LOS NATURALES DESTAS TIERRAS

No obstante su complejidad, parte de la esencia del mensaje de Bernal acerca de los indios americanos se escucha de modo concreto en los tres pasajes que siguen.²² Los dos primeros son de la *Historia verdadera*; el tercero proviene de la carta de un encomendero del Perú:

Pues comer carne humana, así como nosotros traemos vaca de las carnicerías; y tenían en todos los pueblos, de madera gruesa hechas a manera de casas, como jaulas, y

²² En este libro se emplea el término “indios” como lo hace Bernal, es decir, como si no hubiera diferencias entre los quechuas, los “aztecas”, los tlaxcaltecas y los mayas. Para un iluminador estudio al respecto, ver: Lockhart, “Three Experiences of Culture Contact: Nahuá, Maya, and Quechua”.

[69]

en ellas metían a engordar muchos indios e indias y mu-
chachos, y en erando gordos los sacrificaban y comían; y
demás desto, las guerras que se daban unas provincias y
pueblos a otros, y los que cautivaban y prendían los sa-
crificaban y comían. Pues tener excesos carnales hijos
con madres, y hermanos con hermanas, y tíos con sobri-
nas, halláronse muchos que tenían este vicio desta tor-
pedad. Pues de borrachos, no lo sé decir, tantas sucieda-
des que entre ellos pasaban; sólo una quiero aquí poner,
que hallamos en la provincia de Pánuco (CCVIII, 875).

El señor de Tacuba dijo que daba por bien empleada su
muerte por morir junto con su señor Guatemuz. Y antes
que los ahorcasen los fueron confesando los frailes
franciscos con la lengua doña Marina; e yo tuve gran lá-
stima del Guatemuz y de su primo, por haberles conoci-
do tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en
el camino de cosas que se me ofrecían, especial en dar-
me algunos indios para traer yerba para mi caballo. Y fue
esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pa-
reció mal a todos los que íbamos aquella jornada.
(CLXXVII, 709)

El autor de la carta, fechada el 1° de enero de 1570, es
Andrés Chacón y le escribe a su hermano Francisco, quien
está en España:

Y como mis indios no me dan nada, digo que les llebo
poco y tengo gasto con ellos de saçer y de otras cosas, y
están destruidos de las guerras pasadas, que están en el

[70]

camino real y an sido maltratados y destruidos, y así an
quedado pocos. Que eran más de dos mil indios, y abrá
aora hasta dozientos. Yo los tengo como si fuesen mis
hijos, que me an ayudado a tener de comer, y, como digo,
yo los reliebo de tributos y de todo lo demás que puedo.
[...] Paréceme que dirán allá que eso que doy a los indios
que fuera mejor dallo a mis parientes. A estos hijos debo
que me an servido treinta y tantos años a, y es debda de
bida, y si no se lo diese, irme ya al infierno. Y a mis pa-
rientes estoy obligado a hazer lo que pudiere por ellos,
pero si no lo hiziese, no me iría al infierno por ello. (cit.

Orte 20)

Acaso lo que maravilla acerca de la relación entre los
indios y los españoles durante la generación de la conquis-
ta, y en los años inmediatos a ella, sea esa suerte de doble
conciencia que se revela casi paradigmáticamente en los
pasajes citados. Si los ingleses en América del Norte, se-
gún los indios, tenían una “forked tongue” —una lengua
desconfiable, pues cada palabra podía significar a la vez
una cosa y su contrario— los españoles tenían una con-
ciencia que se bifurcaba, cada una de cuyas puntas, vista en
sí sola, parecería no percartarse de la existencia de la otra.
Lo importante por ahora, y también lo más difícil, es no
simplificar las cosas.

Tomemos, por ejemplo, la tercera de esas citas, la cual
está sacada de contexto y es más compleja de lo que pare-
ce a simple vista. Como señalan James Lockhart y Enrique
Orte, editores de la antología donde aparece la carta tradu-
cida al inglés, este viejo encomendero es más asruto que

[71]

otros: la agricultura no es su única actividad y comprende asimismo que más le conviene ser un hombre influyente en la región donde vive que consagrarse por completo a la obtención de riqueza. Esta observación general sobre la historia es verdadera y valiosa, y a ella nos referiremos de nuevo, pero en el caso de este anciano del Perú acaso encierra una minúscula falta de generosidad. Según Milosz, un lector puede por lo general sentir el espíritu con el que se escribió una oración, y en éstas sentimos un espíritu auténticamente cristiano. Pero, más allá de esto, ya se presente la semilla de un mal social de otra época, la polarización entre las dos razas, en cuya simplificación infinita una es vista como evidentemente inferior a la otra; en la práctica del anciano en torno a la devoción a sus "hijos" ya se discernen los primeros signos de esa postura. Si pudiéramos oírlos hablar entre sí, muy distinto sería el cuadro que se nos representaría.

Pero en la época que Bernal describe en la *Historia verdadera* esa antítesis es con frecuencia aún tentativa: no está petrificada por la costumbre y a veces incluso se revela de manera difusa. Ante todo, su dimensión social era aún mínima; por ejemplo, si bien poseía un amo español y conocía el yugo de leyes que no había creado, el rey azteca del segundo pasaje citado sigue siendo de modo palpable un monarca. Por un lado, Cuauhtémoc, como Moctezuma, es una especie de esclavo de quien se compadecen Bernal y los otros españoles; por otro, Bernal se enorgullecía de que Cuauhtémoc se fijara en él; por lo demás, Cuauhtémoc se representa simplemente como un hombre bueno. Lockhart señala con insistencia cómo los indios, al contrario de los

españoles, no tenían conciencia de raza.²³ Por su parte, los españoles de los primeros decenios del siglo XVI parecen menos conscientes de las diferencias raciales, o culturales, que de las religiosas, ámbito en el cual se expresaba con mayor claridad la intolerancia.

Si bien debemos sospechar de las generalizaciones, parece haber sido muy posible que en la generación de Bernal, por lo menos entre algunos de sus miembros, la arrogancia aún no hubiera conquistado la visión de los españoles sobre ciertos aspectos claves del mundo de los indios. Primero, se observa una piedad católica, fuerte y auténtica a la luz de la cual tanto el amo como el esclavo son hijos de Dios. Se trata de la actitud que vemos expresada en el pasaje del encomendero. Al menos en estas primeras generaciones, los españoles violaban con regularidad sus propios ideales, pero sería una grave simplificación verlos como hipócritas. La actitud que se expresa en esta carta no es atípica, sobre todo si la comparamos con el testimonio de Cortés,

²³ En "Sightings: Initial Nahuatl Reactions to Spanish Culture", Lockhart explica: "No stark indigenous-foreign polarity arose. The Nahuatl seemed to recognize no new 'other'; rather they continued to define themselves by altepetl, making the members of the altepetl 'we' and all others, indigenous or Spanish, 'they'" (248; "No surgió ninguna descarrada polaridad entre lo indígena y lo extranjero. Los nahuatl no parecieron reconocer a ningún nuevo 'otro', sino que más bien continuaron definiéndose a sí mismos por altepetl, llamando 'nosotros' a los miembros del altepetl, y 'ellos' a todos los demás, sin distinguir entre indígenas o españoles"). Ver también *The Nahuatl After the Conquest* 114-16.

donde se expresa su preocupación —póstuma, pero al parecer sincera— sobre la justicia de esclavizar a los indios.²⁴

Segundo, se respeta el poderío militar del oponente, quien poseía disciplina, valor excepcional y destreza en el arte de la guerra, y sólo carecía de armas de fuego, caballos y acero español. Bernal con frecuencia parece incluso acenar esas cualidades militares, y la destreza bélica de los indios suele describirse en detalle. Cuando éstos conseguían armas españolas casi siempre les sacaban provecho, lo cual explica por qué en el siglo XVI a los indios se les prohibía tener caballos. Aunque los españoles les atribuían sus victorias a Dios y a su propio valor, no desconocían cuáles eran las verdaderas causas de su superioridad. Existen otros dos factores básicos en la conquista de México de los cuales los españoles parecen tener plena conciencia. Por un lado, como subraya Lockhart, está el hecho de que los indios no tienen una conciencia profunda de raza y por lo tanto no se unifican en contra de los españoles. Por otro,

²⁴ El ítem 38 del testamento dice: "porque acerca de los esclavos naturales de la dicha Nueva-España así de guerra como de rescate, ha habido y hay muchas dudas e opiniones sobre si se han podido tener con buena conciencia o no e hasta agora no está determinado mando que todo aquello que generalmente se averiguare que en este caso se debe hacer para el descargo de las conciencias en lo que toca a estos esclavos de la dicha Nueva-España, que se haga e cumpla en todos los que yo tengo y en cargo; e mando a D. Martín mi hijo sucesor, e a los que después de él sucedieren en mi estado, que para averiguar esto hagan todas las diligencias que convengan al descargo de mi conciencia e suyas" (28).

[74]

las enfermedades traídas por los europeos, frente a las cuales el sistema inmunológico de los indios no tenía defensas, es un factor cuyos efectos son innegables.

Por último, se percibe una sensación de respeto hacia esa civilización segura y sofisticada que en algunos aspectos superaba claramente a la española. El momento en el que la conciencia de Bernal en torno a esa civilización se revela con más nitidez ocurre al entrar a Tenochtitlán y contemplar por primera vez la corte de Moctezuma. También surge, a veces de manera muy marcada, en otras ocasiones, como durante su larga y asombrada descripción del mercado, un espacio que también cautiva a Cortés, quien escribe en su segunda relación:

no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente della hay la manera casi de venir que en España y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas. (242)

Como es de esperar, cuando lo único que queda de la conquista son las preocupaciones económicas y sociales, la conciencia de esos aspectos del mundo indio se va debilitando. Al igual que algunos de sus coetáneos, Bernal sin duda habrá lamentado que el recuerdo de estas cosas se desvaneciera, y ésa es una de las razones por las que escribe.²⁵

²⁵ Es difícil creer que, en todos los casos, el ya bien documenta-

[75]

Habiendo mencionado esta dimensión de respeto, tenemos que referirnos, pues lo dicta el material mismo, a la otra parte de esa doble conciencia. Por un lado, percibimos el respeto implícito que permea no sólo los elogios de Bernal a Moctezuma y a Tenochtitlán, sino también los pasajes donde muestra su odio y aborrecimiento, expresados claramente en la destrucción de los ídolos indígenas, los cuales, para los españoles, representaban demonios.²⁶ Por otro lado, estamos ante una arrogancia plena y perfecta. En el transcurso de un día normal era posible observar la hierra de los indios, sobre todo de las mujeres bonitas, y la *Historia verdadera*, pese a la extraña atención con la que el cronista suele mirar a todo tipo de gente, no dice nada de la reacción de los esclavos.²⁷ En otras ocasiones, como

do resentimiento que sentían los primeros conquistadores hacia el tratamiento de los indios a manos de los recién llegados fuera sólo una máscara bajo la que se ocultaban los intereses económicos; algún grado de desinterés habrá existido. Nada podía ser más natural que la antipatía del soldado-encomendero por el abuso mercenario de los indios vencidos por parte de esos nuevos inmigrantes que nada sabían de la gloria de aquellos. Sin duda, en este sentimiento subyace la insistencia con la que Bernal resalta esa antigua gloria. Ver: Lesley Byrd Simpson, "Bernal Díaz del Castillo, Encomendero".

²⁶ Respecto de la postura de Bernal ante ciertas costumbres de los indios, ver: Peggy Rosana Preciado, "Cannibals in the Chronicles: Francisco Lopez de Gómara's *Conquista de México* and Bernal Díaz del Castillo's *Historia verdadera*" y William Mejías-López, "Los 'sodomitas' amerindios y Bernal Díaz del Castillo".

²⁷ ¿Es en verdad curioso el silencio de Bernal? Esclavizar al enemigo vencido es una práctica antigua y rutinaria. Los griegos,

durante una expedición, los españoles exigen con absoluta naturalidad que indios a los que nunca han visto les sean sumisos y les ofrezcan alimentos, ropa, vivienda y servicios.²⁸ Aun más significativo es lo que no se dice en el segundo y el tercero de los pasajes citados.

Sin embargo, hay secciones en las que los indios aparecen representados en el texto de una manera más rica, y es aquí donde la *Historia verdadera* nos es valiosa. En el pasaje en el que se describe la famosa entrada de los españoles a Tenochtitlán, el lector imagina grandes multitudes, pero también percibe el silencio. Según Bernal, los españoles enmudecen ante la belleza sutil y refinada de la ciudad, y el destello del blanco y la profundidad del azul;²⁹ ante su extraña arquitectura; ante el número prodigioso y la aparente

sin embargo, si bien tan crueles como cualquier otro pueblo, reaccionaron ante la esclavitud y describieron esa experiencia en la épica y la tragedia. De vez en cuando, Bernal alude a cierto tipo de reacción; los esclavos que pertenecían a particulares se escondían en el momento de la hierra, pues preferían a sus nuevos amos sobre la marca del rey.

²⁸ Abundan los ejemplos de estos abusos en la expedición a Honduras. Hasta donde podemos darnos cuenta, estos indios parecían entender perfectamente el lenguaje de la fuerza, que ellos mismos practicaban. La dimensión racial de ese lenguaje les sería incomprensible.

²⁹ Imaginar que los españoles, entre ellos Bernal, vieron palacios donde había casas de adobe y que los añorados tesoros eran una mera alucinación constituye un tipo de teoría psicoanalítica y pseudohistórica que sus defensores no pueden probar. Al menos en este caso, la evidencia favorece al ingenuo lector que cree en la extraordinaria belleza de Tenochtitlán.

disciplina de sus habitantes, con su visible jerarquía social; ante la aparente imposibilidad de vencerla. Su entrada en la ciudad es un acto de locura. Al mismo tiempo, al menos para el lector moderno, es difícil asumir la arrogancia, si bien marcada por el miedo, de ese pequeño grupo de aventureros a quien nadie había invitado a un recinto en el que se perciben cuidadosos preparativos y odio. Ante todo, es esta mezcla de arrogancia y miedo, salpicada de curiosidad, lo que maravilla de cada sílaba pronunciada en el primer encuentro con Moctezuma.

La audacia de los españoles parece hechizar al rey mismo, y es como si Moctezuma presintiera lo que le ocurriría en sólo unas semanas. Por un lado, se trata de la pérdida de su religión: “[deseábamos] un altar para poner la imagen de nuestra señora e una cruz [...] y el Montezuma puesto que con suspiros e semblante muy triste, dijo que él lo trataría con los papas” (CVII, 311). Por otro, también se considera la pérdida de su poder temporal:

y luego envió a decir con un principal que para otro día darían la obediencia y vasallaje a su majestad. Después Montezuma tornó a hablar con sus caciques sobre el caso, estando Cortés delante, e nuestros capitanes e muchos soldados, y Pedro Fernández, secretario de Cortés; e dieron la obediencia a su majestad, y con mucha tristeza que mostraron; y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas; e querámoslo tanto e de buenas entrañas, que a nosotros de verte llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Montezuma: tanto era el amor que le teníamos. (CI, 296)

[78]

Acaso sería equivocado atribuir al arte literario la manera en la que un Bernal toseco y aturdido se adhiere a la vívida impresión. En todo caso, se trata de una descripción tan sensible que en ella parecen revelarse todos los sentimientos en conflicto del emperador mexicano, quien presiente haber encontrado a sus amos.

Más aún, en ese episodio el cronista debe comprender la extrañeza de su propia página cuando se la lee con “objetividad”. Un detalle delata que él mismo se halla hechizado por la audacia de los españoles. Hacia el final de la *Historia verdadera*, cuando enumera las ciento diecinueve batallas en las que estuvo presente, Bernal incluye la captura de Moctezuma y explica: “no lo escribo por cosa que sea de contar de guerra, sino por el gran atrevimiento que tuvimos en prender aquel tan grande cacique” (CCXII, 895). Dos factores son cruciales para explicar la vitalidad de la escritura de Bernal. En primer lugar está la sensibilidad con la que se narra el encuentro, una sensibilidad que, como acabamos de ver, parece ingenua pero que es también, de alguna manera, consciente. Más que el significado histórico, en Bernal actúa el amor que profesa por la copia exacta del momento, y por ello resalta gestos mínimos que un historiador habría omitido. Como resultado, ciertos momentos queridos son atrapados para siempre:

y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margaritas, que tienen dentro muchos colores e diversidad de labores, y venía ensartado en unos cordones de oro con almizcle porque diesen buen olor, y se le echó al

[79]

cuello al gran Montezuma; y cuando se lo puso le iba a abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma detuvieron el brazo a Cortés que no le abrazase, porque lo tenían por menosprecio. (LXXXVII, 241)

En segundo lugar, se trata de un factor que a simple vista parece extraliterario. Es importante comprender que sólo hubo un encuentro como éste; ese momento no volvió a existir en la historia. Su captura a través de toscas palabras, por tanto, es valiosa—más de lo que lo serían meras fotografías—pues nos remonta a un tiempo anterior al de la fatua polarización entre indios inferiores y superiores cristianos. Bernal mismo es consciente de este viaje maravilloso:

y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que había harto que ponderar, y de las aves de muchas raleas y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como éstas; porque en aquel tiempo no había Perú ni memoria de él. Ahora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie. (LXXXVIII, 238)

“Ahora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie” es la frase que podría resonar al final de un capítulo como éste. Como en muchos otros pasajes semejantes de la *Historia verdadera*, esas palabras son una suerte de filtro, y lo que las interminables oraciones de alguna manera filtran, dejando atrás la escuálida vida cotidiana y

[80]

los caprichos de la memoria, es el tiempo. El medio siglo que ha transcurrido entre el momento descrito y el momento de la escritura fue un periodo de insólita destrucción, tanto de cuerpos como de almas. Por decirlo de otro modo, en los primeros decenios del siglo XVI, el tiempo, cuyo flujo es apenas perceptible, se aceleró con una vertiginosidad que no ha vuelto a registrarse sino, tal vez, hasta el siglo XX. Tocado por ese vértigo y no sólo por la añoranza de su juventud perdida, Bernal nos conmueve de esa manera.

Pero ahí no se detiene el discurso de la *Historia verdadera*; la crónica tiene aún otra dimensión. Charles Gibson, en *Tlaxcala in the Sixteenth Century*, llega a las siguientes conclusiones:

In the final analysis, the depressed colonial conditions of the Indians of Tlaxcala may be attributed primarily to events of the late sixteenth century. The conquest by Cortés did not disrupt native Tlaxcalan society. Spanish policy of the 1530's and 1540's implied and assumed the preservation of Indian peoples in their original social relations. Friars who began Christianization with the cañiques and corregidores who sanctioned Indian government made use of a social stratification that was already in existence. The Spanish influences of the mid-century filtered into Tlaxcalan society from the top, and the society was able to assimilate them in standard ways. But when the process was abused, when the pressures were intensified, and when more direct contacts were established, Indian government faltered and Indian land tenure was curtailed. (194)

[81]

[En última instancia, las abaratas condiciones coloniales de los indios de Tlaxcala pueden atribuirse ante todo a eventos de fines del siglo XVI. La conquista de Cortés no interrumpió la sociedad nativa tlaxcalteca. La política española de los decenios de 1530 y 1540 entraba y asumía la conservación de los pueblos indios dentro de sus relaciones sociales originales. Tanto los frailes que iniciaban la cristianización con los caciques como los corregidores que aprobaban el gobierno indio aprovecharon una estratificación social ya existente. Las influencias españolas de mitad de siglo se filtraron en la sociedad tlaxcalteca desde arriba, y la sociedad pudo asimilarlas de modo normal. Pero cuando se abusó del proceso, cuando se intensificaron las presiones, y cuando se establecieron contratos más directos, el gobierno indio se tambaleó y la tenencia india de la tierra se redujo.]

Y cuando se abusó del proceso, entonces, lentamente, comenzó la desintegración, cuyos resultados en la costa del Perú podían ya ser observados hacia 1570 por el viejo encomendero a quien citamos al principio.³⁰

³⁰ Gibson documenta detalladamente cada punto de este resumen en su libro. Al hablar de "more direct contacts" ("contactos más directos"), Gibson se refiere sobre todo al gran influxo de inmigrantes españoles que llegaron después de circa 1640 y que ignoraban cada vez más el principio de segregación que había protegido las tierras indígenas y la prohibición nominal de los repartimientos en Tlaxcala. Dada la diferencia de circunstancias, nuestra comparación con el Perú, según señalamos al principio, no es del todo lícita. Pero por lo menos en la costa del

En las últimas décadas, ciertas etapas de la reacción que tuvieron los indios frente a los españoles han sido analizadas y documentadas cuidadosamente por estudiosos que han escudriñado sobre todo los viejos documentos legales de las ciudades de provincia, primero en el centro de México y ahora, cada vez con mayor intensidad, en otros lugares.³¹ En parte a causa de las limitaciones intrínsecas a estos documentos, o bien a causa de la orientación legal, política o lingüística de este tipo de análisis, los investigadores no enfatizan la desintegración pura. Por el contrario, se tiende a resaltar la continuidad con el mundo anterior a la conquista.³² Nosotros, en cambio, hemos querido mos-

Perú ese "mistreating and destroying" ("maltratar y destruir") ocurrió con inusitada rapidez (ver: Lockhart, "Three Experiences of Culture Contact: Nahuatl, Maya, and Quechua" 14, nota 1); el viejo encomendero está completamente consciente de la desintegración.

³¹ Para una bibliografía y un cuidadoso resumen de estas investigaciones, ver: Lockhart, *Nahuatl and Spaniards* 159-200.

³² En *The Nahuatl After the Conquest*, Lockhart destaca la semejanza entre ambas culturas: "In many ways, Europeans and indigenous peoples of the central areas had more in common than either did with the other peoples of the hemisphere" (5); "En muchos sentidos, los europeos y los pueblos indígenas de las zonas centrales tenían más en común entre sí que con los otros pueblos del hemisferio". Más aún, es este reconocimiento el que determina la manera en que nahuatl y españoles se interpretan mutuamente, proceso que Lockhart denomina "Double Mistaken Identity": "each side takes it that a given form or concept is essentially one already known to it, operating in much the same manner as in its own tradition, and hardly takes

trar cómo Bernal—y el lector a través suyo— es extremadamente consciente de una pérdida muy profunda.

Sin embargo, los primeros decenios del siglo XVI tal como los caracteriza Gibson—decenios que parecen mostrar con frecuencia un breve y extraordinario crecimiento, y en los que parece establecerse un cierto equilibrio entre esas dos culturas de semejante organización pero hondamente distintas— no fueron mera destrucción. Eran aún eficaces la protección de la Corona y de la Iglesia, los factores sociales mencionados por Gibson, y cierto fervor cristiano en los indios, fuerte si bien pasajero. Algunas páginas poco comentadas de la *Historia verdadera* son un valioso testimonio del espíritu de esos decenios. Esas páginas están casi al final y en ellas se hace explícito lo que cualquier lector atento habrá presentido. Son valiosas porque muestran llanamente esas cosas elusivas de las cuales los documentos son sólo un espejo muy indirecto, como la fuerza de la piedad cristiana ya mencionada.³³ Pero aun

cognizance of the other side's interpretation" (445; "cada grupo asume que una forma o concepto dado es en esencia uno que ya le es conocido, por lo que obra en gran parte de acuerdo con su propia tradición, y apenas tiene conciencia de la interpretación del otro grupo").

³³ Esta piedad se hace presente tanto en los españoles como en los indios. El "entusiasmo" de los tlaxcaltecas es un tema que estudia Gibson en *Tlaxcala in the Sixteenth Century* (28-61) y data de los decenios de 1520 y 1530, después de los cuales disminuye. Ese fervor religioso tiene cierta frescura e incluso una alegría secular que cautivó a muchos testigos españoles. Si comparamos los festivales, las obras de caridad, las oraciones y los músi-

más importante es el hecho de que están escritas con un cierto orgullo y con cierta atención fervorosa a la materia que cuentan que se observa en muy pocos autores. La mirada de Bernal se fija en cada detalle de su piedad cristiana, tanto los que se esconden en el corazón como los externos; en los lugares; en las campanas de cada ciudad; en "cantores de capilla de voces bien concertadas, así temores como tiples y contraltos, no hay falta; y en algunos pueblos hay órganos, y en todos los más tienen flautas y chirimías y sacabuches y dulzainas" (CCIX, 877); en la extraña destreza de cada oficio, excepto, por algún motivo, el de "ser boticarios" y el de "hacer el vidrio" (CCIX, 879); en el hecho de que todos los caciques montan a caballo, y tienen hijos que saben leer. Todo esto vale porque está descrito de un modo insólitamente concreto; pero lo más interesante es que Bernal, con orgullo, llama a tres indios por sus nombres:

Y pasemos adelante, y digamos cómo todos los más indios naturales destas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer a ello; y los plateros de oro y de plata, así de martillo como de vaciadero, son muy extremados oficiales, y asimismo lapidarios y pintores; y los entalladores hacen tan primas obras con sus sutiles alegras de hierro, espe-

cos descritos por Gibson (a partir de la página 33) con el relato de Bernal citado más abajo, nos damos cuenta de que el vicio encomendero estaba lejos de ser excéntrico en este aspecto.

cialmente entallan esmeriles, y dentro dellos figurados todos los pasos de la santa pasión de nuestro redentor y salvador Jesucristo, que si no los hubiera visto, no podría crear que indios lo hacían: que se me significa a mi juicio que aquel tan nombrado pintor como fue el muy antiguo Apeles, y de los de nuestros tiempos, que se dicen Berruguere y Micael Angel, ni de otro moderno ahora nuevamente nombrado, natural de Burgos, que se dice que en sus obras tan primas es otro Apeles, del cual se tiene gran fama, no harán con sus muy sutiles pinceles las obras de los esmeriles, ni relicarios que hacen tres indios grandes maestros de aquel oficio, mexicanos, que se dicen Andrés de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo. (CCIX, 878-79)³⁴

Sin duda podría decirse que más de una motivación intervino en la escritura de páginas como éstas. Nos encontramos ante la misma situación que se percibe en el viejo encomendero de la carta del Perú. Incluso hay algo un tanto peor, pues, en la medida en la que se describen indios bien protegidos, bien adiestrados, piadosos, prósperos y felices, se observan ciertos parecidos un tanto incómodos con ciertas cartas que un tal Bernal Díaz del Castillo escribía, como miembro del cabildo de Santiago de Guatemala, al Consejo de Indias, en su tentativa de proteger las dos

³⁴ Respecto de esas comparaciones de Bernal, Alfonso Reyes escribe en *Visión de Anáhuac* (1519): "Los juicios de Bernal Díaz no hacen ley en materia de arte, pero bien revelan el entusiasmo con que los conquistadores consideraron el artifice indio" (35).

instituciones más caras a sus intereses: la encomienda y la esclavitud.³⁵ Por lo tanto, un lector escéptico puede alegar con justicia que páginas como éstas fueron escritas por paternales exploradores en distintas partes del imperio. Además, en cierto sentido, esas páginas nos dicen poco acerca de la naturaleza y las cualidades del mundo indio mismo; en cambio revelan en detalle que los indios eran ya buenos aprendices de europeos. De ese modo, acaso Bernal no estaba tan desprovisto de prejuicios o incluso de arrogancia como nos parece en ese pasaje. No obstante, es mucho el orgullo con el que resuenan esos tres nombres y, dada la extraña doble conciencia que esperamos haber ilustrado, acaso Bernal sí carecía de esos prejuicios y de esa arrogancia. En todo caso, ese pasaje cierra el círculo, pues constituye un contraste significativo con el primero de los pasajes citados en esta sección. Al contrario de esa visión positiva de los naturales de esta tierra, aquel pasaje severo está escrito completamente en el tiempo imperfecto; y a propósito, Bernal ubica los dos pasajes en capítulos consecutivos de su historia.

³⁵ Sobre las misiones oficiales de Bernal a España, ver: Cerwin 116-31.